

Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

La zarina

Los tiempos de los zares ya pasaron, para bien o para mal (pues ya sabemos que todas las ideas y todos los sistemas pueden tener su parte buena y sus sinceros partidarios), pero siempre hay quien siente nostalgia del pasado, y recurre a él para apoyar su propia personalidad. Así, utilizar este apelativo en el mundo del espionaje implica una pretensión de imperar en esta actividad. Y ésa es mucha pretensión cuando existe una rival que respeta el zarismo pero a la que nunca le han gustado las bestias mercenarias y las cosas abominables a las que éstas suelen dedicarse. Vistas así las cosas, una Escuela de Mercenarios en la bella Costa Azul de Francia no tiene precisamente grandes perspectivas. Y no digamos del colosal plan de apoderarse del mundo científico más avanzado… Resumiendo: una cosa es hacerse llamar «La Zarina» y otra cosa es serlo…



Lou Carrigan

La zarina

Brigitte en acción - 452

ePub r1.1
Titivillus 17.12.2017

Lou Carrigan, 1989
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

—¡Tienes unas ocurrencias de lo más gracioso! —rió Brigitte—. ¡Y una fantasía increíble, Frankie!

—Pues no comprendo a qué viene tanto aspaviento —refunfuñó Frank Minello—, ni me parece que yo sea fantástico ni increíble. Todo lo que te he propuesto es que hagamos los dos un viaje en globo.

—¡Qué disparate! —volvió a reír Brigitte.

—¿Por qué?

—¡Cómo que por qué!

—Repito: ¿por qué es un disparate?

—Pues… Vaya, eso de ir en globo… Sabes perfectamente que un globo no puede gobernarse, como otros vehículos o medios de transporte. Te elevas, quedas a merced de los vientos, y nunca sabes a dónde vas a ir a parar.

—Eso era antes. Ahora tienes un cierto control sobre la dirección del vuelo. Pero además, aun suponiendo que en efecto el viento nos llevase a cualquier sitio… ¿qué importaría?

—Hombre, visto así…

—¿Cómo hay que verlo, si no? Estás hablando como si fueses una jovencita tímida, inexperta, y que no conoce el mundo… ¡Y eres la espía más peligrosa del mundo, y has dado la vuelta al mundo yo qué sé cuántas veces…! Has estado desde Alaska a la Tierra del Fuego, desde Tokio a París, desde Moscú a San Francisco… ¡Cómo es posible que a una persona como tú no le atraiga un maravilloso, delicioso y simpático vuelo en globo!

—Zambomba —sonrió Brigitte—, ¡a eso le llamo yo poder de persuasión, Frankie, querido!

—¿Quieres decir que te he convencido? ¡Estupendo! ¡Dime cuándo partimos y me ocuparé inmediatamente de preparar un globo! ¿Te imaginas? ¡Los dos en un globo, a merced de los vientos,

volando sobre el mar, sobre verdes bosques, sobre ondulantes colinas, sobre resplandecientes ciudades…!

—¡Ah, no! —protestó Brigitte—. ¡Nada de ciudades! Si hiciéramos ese viaje en globo tendría que ser sobrevolando algún lugar exótico. ¡Qué tontería, volar en globo sobre Nueva York!

—Bueno, pues donde tú quieras. Elige el sitio: Nepal, Laponia, Sahara, el Mar de los Sargazos… No, en el Mar de los Sargazos, no, que la gente desaparece con avión y todo.

—Ya. El famoso y temido Triángulo de las Bermudas, ¿no?

—Eso es. ¡Vaya misterio el del Mar de los Sargazos! ¿Qué crees que puede estar ocurriendo ahí? Todo eso de barcos y aviones que desaparecen como por arte de magia…

—Frankie, sea lo que sea lo que ocurra en el Triángulo de las Bermudas no puede ser nada mágico. Simplemente, ocurren cosas, pero también ocurren cosas, accidentes de toda clase, en otras partes del mundo. De modo que si un avión o un barco desaparecen en el fondo del mar será por causas accidentales perfectamente explicables.

—¡Ya estás quitándole emoción al asunto con tus fríos razonamientos!

—Mis razonamientos no son fríos: son lógicos. Pero además, estábamos hablando de un viaje en globo, idea que me está resultando simpática…, siempre y cuando me digas algún lugar sobre el cual valga la pena volar en globo.

—¡Pero si los hay a cientos!

—No quiero cientos, quiero uno solo.

—De acuerdo, te diré un lugar sobre el cual vale la pena volar en globo; África.

—¿Qué lugar de África?

—África. Tú me has pedido que te diga un lugar, y ya te lo he dicho: África, todo un continente. ¿África no es un lugar?

—Pero para recorrerlo en globo estaríamos un año.

—¡Se me hace la boca agua! ¡Tú y yo encerrados todo un año en la barquilla de un globo! ¡Viva la vida!

Peggy, el ama de llaves de Brigitte, terminó por soltar la carcajada, ganándose así una mirada de simpatía por parte de Brigitte y Frankie. Estaban los tres en el salón del apartamento de Brigitte, en el piso veintisiete del Crystal Building, en la Quinta

Avenida neoyorquina. Como siempre, saboreaban una copa de champán, relajados, tranquilos. Hacía ya tiempo que habían aprendido que el mejor modo de estar en forma en los momentos difíciles es descansar de verdad en los pocos buenos momentos que la vida ofrece.

—Francamente, todo un año metida en la cesta de un globo me parece demasiado tiempo —dijo Brigitte, todavía sonriente—, pero quizá sí sería divertido hacer ese viaje en globo.

—¡Mañana mismo compro un globo!

—No corras tanto. Antes de hacer ese viaje en globo tengo que hacer muchas otras cosas.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles, por ejemplo?

—Pues, por ejemplo, un viaje… en avión, no en globo.

—¿Un viaje de placer? ¿A Malta, por ejemplo?

—Un viaje… de negocios —entornó los ojos Brigitte.

—¿De negocios? —Se pasmó Minello—. ¡Tú no tienes negocios que atender en ningún sitio! De modo que si haces un viaje es para hacer algún sucio trabajo para la cochina CIA, o simplemente te vas a Villa Tartaruga, a pasarte una temporada haciendo el amor con Número Uno. Por cierto, hace tiempo que no veo a Número Uno.

—Yo lo veo a menudo —sonrió Brigitte—. Pero él viene poco aquí porque está muy ocupado atendiendo la dirección de nuestra organización, la Love Organization Unite, la L. O. U. Precisamente…

En aquel momento sonó la llamada a la puerta del apartamento. El dulce sonido del carrillón se extendió por el apartamento. Peggy se apresuró a dirigirse a la puerta del salón, por la que desapareció.

—¿Precisamente…? —preguntó Minello.

—¿Qué?

—Ibas a decirme algo de Número Uno, o de la L. O. U.

—Ah, sí. Bueno, esperemos a ver quién nos visita.

—Quizá sea Número Uno.

—No creo —murmuró Brigitte.

No era Número Uno. Peggy llegó precediendo a los dos personajes que más habían influido en la vida de espía de la señorita Montfort: *Mr*. Cavanagh jefe del Grupo de Acción Mundial de la CIA, con despacho directivo en la mismísima Central de Langley; y Charles Alan Pitzer, alias tío Charlie, jefe del Sector New

York de la CIA y por tanto jefe directísimo de la sin par agente «Baby».

—Zambomba —exclamó Frankie—… ¡Ahora vienen de dos en dos! ¡Ya no es suficiente que venga el viejo buitre carroñero a enviar a Brigitte a una de esas peligrosas misiones! ¡Ahora se trae compañía de refuerzo!

—¿Qué tal, Minello? —saludó sonriente *Mr*. Cavanagh, mientras Pitzer farfullaba apenas un saludo.

—Esto sí que es una sorpresa —dijo Brigitte, acudiendo al encuentro de ambos—. ¡Espero que no esté ocurriendo ninguna hecatombe en el mundo y vengan a movilizar a Baby para que la resuelva!

—No —negó Cavanagh—… En el mundo, no.

Brigitte lo miró, miró a Pitzer, de nuevo a Cavanagh… Terminó por besarlos a ambos en las mejillas, y volvió a sentarse. Pitzer y Cavanagh ocuparon sendos sillones, y a una seña de Brigitte la simpática Peggy se dispuso a servirles champán.

—No sé por qué —murmuró Minello— algo me huele mal.

—Bueno, no hay para tanto —dijo Cavanagh—… Se trata de un problema que tenemos en Estados Unidos, y hemos pensado que quizá Brigitte podría ayudarnos a resolverlo.

—¡Ya lo sabía yo…! ¡Otra vez van a enviarla a cualquier parte de este podrido mundo, para que la maten y…!

—Nada de eso —gruñó Pitzer—: Brigitte puede ayudarnos sin tan siquiera moverse de ese sofá.

—¿De veras? —se sorprendió Brigitte.

—Es algo así como una… consulta —dijo Cavanagh—. Tenemos una información, pero no sabemos qué hacer con ella ni sabemos cómo podríamos utilizarla de modo provechoso.

—Esto se está poniendo interesante —dijo Brigitte.

—Sí, parece un juego infantil de misterios —dijo Minello.

—No tiene nada de infantil —le miró Cavanagh—… Es del más puro y retorcido espionaje, Frank.

—¡Zambomba! ¿Y Brigitte puede resolverlo sentada en el sofá?

—Digamos que agradeceríamos muchísimo alguna sugerencia por su parte, en el convencimiento de que será de lo mejor.

—Menos halagos y vayan al grano —rió Brigitte—. ¿Cuál es el problema?

—La Zarina.

Brigitte Baby Montfort, la espía más audaz, inteligente y peligrosa del mundo, se enderezó, como poniéndose en súbita guardia, al oír tal nombre, y por sus bellísimos ojos azules pasó un destello de interés, y, sobre todo, de fiereza. No dijo nada. Simplemente, se quedó mirando a Cavanagh. Pero Minello sí dijo algo:

—¿Qué es eso de la Zarina? —inquirió.

—La Zarina —le miró Cavanagh— es una agente de la KGB soviética, una mujer que hace algunos años está llevando de cabeza a los agentes secretos de todo el mundo, especialmente en los últimos tiempos, durante los cuales ha multiplicado su actividad. Hoy día se puede decir que la Zarina es la espía internacional más activa del mundo.

Durante unos segundos Minello estuvo pasmado. Por fin, exclamó:

—¡¿Quiere decir más activa que la agente Baby?!

—Bueno… La Zarina es… digamos la Baby de los rusos. Y francamente, en los últimos tiempos está consiguiendo verdaderos triunfos para la KGB. Por ejemplo, el último del que nos hemos enterado es verdaderamente… importante e inquietante. Por eso hemos venido a hablar con Brigitte, a ver si ella piensa alguna solución.

—Les aseguro a ustedes —dijo fríamente la divina espía— que tengo grandes deseos de encontrarme con la Zarina. Pero tengo la impresión de que a ella, en cambio, no le hace ninguna gracia encontrarse conmigo.

—Esa Zarina —intervino Pitzer— no parece temer a nada ni a nadie, Brigitte. Pero es demasiado astuta para enfrentarse con Baby…, a menos que se haya asegurado de que tendrá todas las de ganar. Mientras tanto, ella va por ahí haciendo de las suyas. Y hace una semana nos hemos enterado de que estuvo aquí, en Estados Unidos, haciendo una labor que nos ha puesto los pelos de punta.

—¿Qué labor?

—La Zarina instaló en los Estados Unidos varios de sus alumnos más aventajados. Dichos alumnos, son hermosos jóvenes de ambos sexos, especialmente mentalizados y entrenados para relacionarse con personajes de alto nivel de la Ciencia norteamericana, intimar

con ellos, y convertirse en amigos, esposos o esposas, amantes, o cualquier otra cosa íntima de nuestros científicos más importantes. Es una labor que requerirá tiempo, pero sabemos lo que pretende ese plan de largo alcance de la Zarina: dentro de diez años, si les funciona el plan, no menos de un veinticinco por ciento de los adelantos y logros científicos norteamericanos irán pasando sistemáticamente a Rusia, facilitados por ese personal que la Zarina ha instalado en Estados Unidos, y que dentro de diez años en su mayoría formará parte de la familia o el más selecto círculo de amigos de nuestros científicos de ambos sexos.

—Zambomba —balbuceó Frankie—… ¡Zambomba y zambomba!

—¿Ese plan lo preparó la Zarina? —murmuró Brigitte.

—Así es. Y ya lo tiene en marcha desde hace más de un año. O sea, que tenemos incrustados en nuestra élite científica más de un centenar de jóvenes espías especiales soviéticos.

—¡Zambomba! —aulló Frankie.

—¿Y cómo nos hemos enterado de eso? —indagó Brigitte.

—Snow nos ha informado de ello.

—¿Quién es Snow? —saltó Frankie.

—Es nuestro mejor hombre en Moscú —explicó Brigitte—. Un agente de gran eficacia que hace muchos años está operando siempre en Moscú y solamente en Moscú. Es un especialista máximo de la capital soviética. Y desde luego sus informaciones han sido siempre importantes y correctas… hasta ahora.

—¿Qué quiere decir ese «hasta ahora» tan recalcado? —Frunció el ceño Cavanagh.

—Simplemente, me sorprende que Snow haya conseguido nada menos que una información de tal envergadura referente a la Zarina. Y me parecería demasiado que nos hubiera facilitado los nombres de esos… alumnos de la Zarina que están intimando con nuestros científicos. ¿Los ha facilitado?

—Claro que no —masculló Cavanagh—. La información no llega más allá de la ya explicada. Y nosotros creemos en Snow, así que damos por cierta tal información. Y ése es nuestro dilema: ¿cómo podríamos enfocar las investigaciones de modo que descubriésemos a esos alumnos de la Zarina? Hemos pensado en hacer una relación de todos los más importantes científicos del país, pero está claro que en la lista siempre faltaría alguno. Y luego, está la labor de

investigar las vidas de todos y cada uno de ellos hasta encontrar el apuesto joven o señorita que se ha introducido en su vida… Es una labor tremenda, de años y años…

—Bueno —dijo Frankie—, pero también ellos van a tener que dedicar años para conseguir frutos de su labor. Sólo se trataría de ver quién conseguía el éxito antes: si ellos robando secretos o la CIA descubriéndolos a ellos.

—Sí, claro… Pero, Frank, no podemos aceptar con tanta tranquilidad el hecho de tener en casa, junto a nuestros hombres y mujeres de Ciencia, esas… sanguijuelas soviéticas. Hasta que los descubriésemos seguramente irán consiguiendo informaciones cada vez más importantes… Podrían adelantamos en la consecución de Premios Nobel, por ejemplo; o en técnicas espaciales; o en armamento, o en especialidades médicas de toda clase…

—Zambomba, zambomba, y zambomba… ¡Vaya jugada! Hay que reconocer que esa Zarina no es precisamente una tonta. ¿Cómo es ella? ¿Han traído alguna fotografía?

—Claro que no —se pasmó Pitzer—. Nadie sabe cómo es la Zarina… Ocurre como con Baby, que sólo unos pocos privilegiados la conocen. Sólo que mientras de Baby se sabe que es joven y muy hermosa, de la Zarina no se sabe absolutamente nada: no sabemos si es joven, vieja, rubia, guapa, morena o pelirroja, fea, flaca, gorda… Nada, Frankie.

—Pues mal lo veo, todo este asunto. ¡Aunque quizás a Brigitte se le ocurra alguna cosa!

Los tres hombres, y la siempre sobresaltada Peggy, se quedaron mirando con ansiosa expectación a Brigitte, que dijo pausadamente:

—Lo mejor, para encontrar a ese grupo de guapos jóvenes alumnos de la Zarina, sería preguntarle a la propia Zarina.

—Ya, claro —asintió Cavanagh—… Sólo que eso no es posible. Ya es mucho que Snow nos haya facilitado esa información. Si le forzáramos a rastrear a la Zarina en Moscú podríamos ponerle en un gravísimo riesgo. Y francamente, ni queremos que nos maten a Snow, ni creemos que él conseguiría identificar y mucho menos localizar a la Zarina.

—Pues yo sé dónde estará dentro de tres días —dijo Brigitte.

—Dónde estará… ¿quién? ¿Snow?

—No: la Zarina.

Los cuatro se quedaron mirando como alucinados a Brigitte, que sonrió angelicalmente.

—¿Usted sabe dónde estará la Zarina dentro de tres días? —susurró Pitzer.

—En efecto, tío Charlie.

—Pero eso es imposible —jadeó Cavanagh—. ¡No se puede…!

—Un momento —le interrumpió Pitzer, que posiblemente era quien mejor conocía a Brigitte Montfort—… Un momento, por favor. Veamos, Brigitte: ¿dónde estará la Zarina?

—En la Costa Azul francesa.

—¿Sabe el lugar exacto?

—¡Pero qué demonios…! —explotó Cavanagh—. ¡Díganos inmediatamente quién le ha facilitado esa información!

—Nadie. Se trata de uno de los muchos trucos que me enseñó mi vieja amiga Mabanga, la Gran Bruja del Vudú. A decir verdad hoy día incluso soy más bruja que la propia Mabanga.

—¿De qué está hablando? ¡Todo eso…!

—Por favor —murmuró Pitzer—… Dejemos que Brigitte haga lo que tenga que hacer. Hemos venido aquí precisamente con la esperanza de que a ella se le ocurriese alguna solución al problema, ¿no es cierto?

—¡Pero no una absurda solución a base de brujerías…!

—¿Absurda? —Frunció el ceño Brigitte—. ¿Quiere decir que no desea usted saber todo lo referente a la Zarina, señor?

—¿Qué es todo?

—Bueno, casi todo… Si me dejan concentrarme durante un par de minutos les facilitaré información suficiente respecto a la Zarina.

—Pero… ¡Está bien, tiene usted sus dos minutos! ¡A ver qué pasa!

Brigitte Montfort cerró los ojos, aspiró hondo, se relajó, y quedó inmóvil y silenciosa. En el salón se hizo un silencio absoluto. Transcurridos dos minutos escasos, sonó, pausada, serena, profunda, la voz de la espía más audaz, inteligente, peligrosa… e imprevisible del mundo:

—La Zarina estará dentro de tres días en la ciudad francesa de Marsella, en el Hotel Armagnac, con el nombre y pasaporte británico de Rachel Irish. Es alta, rubia, de ojos verdes, joven, bonita y muy peligrosa… Su estancia en Marsella estará relacionada

con una misión especial que le ha encomendado ya su Directorio de la KGB en Moscú.

Brigitte abrió los ojos, miró a los estupefactos personajes que la contemplaban, y preguntó, sonriente:

—¿He dicho algo interesante? Es que yo, cuando estoy en trance, no me entero de lo que digo… ¿He dicho algo que pueda sernos útil?

—Ya lo creo que sí —sonrió tío Charlie—… Puede usted empezar a preparar su equipaje para salir cuanto antes hacia Marsella…

Capítulo II

Pues sí señor, era cierto.

Todo era cierto.

El espía británico Adam Timmerman no podía terminar de creerlo. Lo cual era lógico, considerando que cuando un espía alcanza las altas cotas de profesionalidad que había alcanzado Timmerman llega un momento en que ya no cree ni a su propia madre.

Pero en aquella ocasión era todo cierto: la información que de modo tan sigiloso y al mismo tiempo tan veloz se había esparcido por los más altos niveles de los servicios de espionaje europeos se estaba poniendo en evidencia: nada menos que la Zarina estaba en Marsella.

Es decir, y para ser exactos y puntualizar las cosas como les gusta a los espías: en el Hotel Armagnac, sito en la nunca bastante admirada y alabada Rue Paradis de Marsella, se hallaba alojada una preciosidad cuyas características personales correspondían a las que de modo tan fulminante se habían sabido de la Zarina.

Hasta hacía tres días, ni una palabra; de la Zarina solamente se sabía que existía. Y de pronto, la información respecto a cómo es la Zarina, y que se la podía encontrar en Marsella, en el dicho hotel, y bajo el nombre británico de Rachel Irish. Esto además, la descripción de la Zarina coincidía plenamente con la señorita Irish alojada en el Armagnac: alta, joven, rubia, preciosa, de ojos verdes…, y absolutamente encantadora.

De esto último estaba más que seguro Timmerman, que en aquellos momentos la estaba viendo salir del hotel, caminando majestuosamente. Alta, rubia, preciosa, encantadora. Adam Timmerman la había visto ya dos veces anteriormente, pero no se cansaba de espiarla desde dentro de su coche y utilizando unos gemelos muy discretos…, de los que ya estaba más que aburrido.

Una cosa había que admitir: la Zarina reunía todas las máximas cualidades para ser una espía de altísima categoría en los tiempos actuales. A saber: no era de esas personas que intentan «no estar», con lo cual se hacen sospechosas inmediatamente, sino más bien, al contrario, su presencia era incluso aparatosa, tan alta, tan rubia, tan guapa… ¿A quién se le iba a ocurrir que una mujer tan llamativa podía ser una espía?

A nadie. O a casi nadie.

—Tiene unas piernas de concurso —masculló Adam Timmerman, siempre dentro del maldito coche.

Seguía observando a la señorita británica Rachel Irish con los gemelos, mientras ella caminaba Rue Paradis abajo, en dirección al Vieux Port. ¡Y cómo caminaba! ¡Con qué seguridad, con qué gracia, con qué elasticidad…!

Tampoco en esto resultaba decepcionante la espía soviética: considerando sus características atléticas podía ser una muy temible adversaria en una lucha cuerpo a cuerpo…, aunque resultaría delicioso sostener un cuerpo a cuerpo con la Zarina, sin la menor duda.

—Todo esto no tiene sentido —persistió en hablar consigo mismo el espía británico.

¿Cómo catalogar lo sucedido? ¿Como una traición a la Zarina, algo personal? ¿Como el chivatazo de algún agente que odiase a los rusos y hubiese querido fastidiarlos delatando nada menos que a la Zarina, la niña mimada del espionaje soviético? ¿Como algún truco que estaban tramando los rusos, aunque fuese arriesgando a su querida Zarina? ¿Como algún gran éxito de cualquier servicio de espionaje europeo o americano radicado en Moscú, que había conseguido la información sobornando a alguien de la KGB, y que luego no había podido controlar la información y ésta se había esparcido por Europa…?

Esto último parecía lo más creíble, pues por ejemplo a los británicos conseguir aquella información les había costado cincuenta mil libras… ¡Cincuenta mil miserables libras por la Zarina!

Y allá iba la Zarina, por la Rue Paradis. La tarde era espléndida, el calor era sofocante en Marsella. La Zarina llevaba poca ropa, y Adam Timmerman había podido apreciar lo encantadoramente

bronceada que tenía la piel la espía rusa. Seguramente si miraba por el escote vería maravillas sin cuento…

Ni con los prismáticos podía seguir viendo a la Zarina, pues se iba perdiendo en la distancia y entre la gente.

—Ya estoy harto —se dijo Adam Timmerman.

Dejó los gemelos en la guantera, salió del coche, cerró con llave la portezuela, y se lanzó en pos de la agente de la KGB.

La alcanzó cuando ella llegaba a la Plaza del General De Gaulle… Es decir, la divisó, no la alcanzó. Se mantuvo a conveniente distancia, pero sin perderla de vista. La Zarina se iba deteniendo con frecuencia, contemplando los tentadores escaparates de las tiendas francesas. Adam habría pagado una buena cantidad por saber qué pensamientos discurrían por la mente de la espía rusa al ver los productos franceses.

«—Bah, tonterías —pensó—… Seguro que esa preciosidad dispone de lo mejor de lo mejor, aunque esté en Rusia. Su Directorio la debe de obsequiar incluso con flores cada mañana…».

La Zarina se sentó ante una mesita en la simpática terraza de un bar de la Plaza del General De Gaulle. Un camarero se le acercó, inquiriendo su pedido, y ella le respondió con gran soltura. Hombre, claro, ¡naturalmente que una espía de su categoría sabía hablar francés! ¡No faltaría más!

Los deseos de Adam de acercarse a la espía rusa iban en aumento. Podía incluso hacer contacto con ella, haciéndose pasar por ruso, por un agente de la KGB, como ella misma; hablaba el ruso lo suficientemente bien como para eso. Tal vez podría engañarla. Pero de pronto recordó que estaba nada menos que pensando en la Zarina, y frunció el ceño. ¿Nadie había conseguido engañarla en todo aquellos años y él tenía la pretensión de poder conseguirlo? Aunque… ¿por qué no? La experiencia había enseñado a Adam, entre muchas otras cosas, que nadie es tan listo, tan experto y tan infalible durante toda la vida. Tarde o temprano se tiene un fallo, un descuido, o aparece alguien más listo que uno…

Se decidió de pronto.

Cruzó la calzada, llegó a la terraza, y se plantó ante la mesa a la que se había sentado Rachel Irish. Ella, que estaba encendiendo un cigarrillo, alzó sus verdes ojos, le miró dejándole como envuelto en un relámpago de fuego verdoso, terminó de encender el cigarrillo, y

entornó los párpados, con un gesto expectante y desconfiado.

—Hola, ¿qué tal? —saludo Adam—. Soy Adam Timmerman, del servicio secreto británico.

Rachel Irish puso una expresión de auténtica perplejidad.

—¿Y qué quiere usted? —preguntó también en inglés.

—¿Puedo sentarme? —señaló Adam una silla.

Ella titubeó un instante, todavía perpleja y ahora como preocupada.

—Bueno, siéntese. Me está usted asustando, ¿sabe?

Adam se sentó, encendió un cigarrillo, y sonrió a Rachel Irish como si ésta fuese la niña más graciosa del mundo y él su papaíto complaciente. Aunque nadie habría podido pensar esto de Timmerman, ya que su edad no podía exceder en mucho los treinta, y la preciosa rubia parecía tener unos veinticinco. Lo que sí podían pensar era que formaban una pareja tremenda, pues Timmerman medía cerca de metro noventa, era un atleta, y aunque no era guapo tenía una cara de hombre que tiraba de espaldas.

—Pues no debería asustarse de mí —dijo—. Al contrario, debería tenerme mucho cariño y agradecimiento. A fin de cuentas me estoy jugando la vida por usted.

Ella se quedó mirándolo fijamente.

Adam, que se las había arreglado para ubicarse estratégicamente con respecto a la rusa, pudo por fin atisbar adecuadamente su escote; divisó la forma de los senos tersos, firmes, oscurecidos por baños de sol… Debía de tener unos pezones sensacionales.

El camarero llegó y depositó ante la Zarina una copa de champán sugestivamente frío. Adam encargó al camarero que trajese otra copa y la botella, y regresó su oscura, inteligente, perspicaz y casi simpática mirada a los verdes ojos de la soviética, la cual murmuró:

—¿Se trata de alguna broma?

—Claro que no —aseguró Adam.

—Bueno —de pronto ella sonrió—, ya sé… ¡Es un nuevo modo de hacer contacto con una chica!

—Tampoco. Mire, señorita Irish, yo sé que es usted la Zarina… Ajá, ya veo que esto sí la afecta, ¿eh?

—Ni siquiera sé de qué está usted hablando —susurró Rachel Irish.

—No tiene nada que temer de mí. Es cierto que pertenezco al servicio secreto británico, pero hace más de tres años que trabajo para ustedes, es decir, la KGB, como «topo» en Londres. Estoy asentado en muy alto nivel de mi servicio, y mis informes a la KGB han sido muy satisfactorios hasta el momento. Y de pronto, circula por mi servicio la información de que la Zarina puede ser hallada en el Hotel Armagnac de Marsella con el nombre de Rachel Irish, así que…

—¿El servicio secreto británico sabe eso? —exclamó Rachel.

—Y me temo que muchos otros servicios, aunque sea a alto nivel. Si esa información hubiera llegado a nivel de simples agentes me temo que en estos momentos usted estaría en graves apuros…, o tal vez muerta. Por fortuna he llegado a tiempo de advertirla. Bueno, ya se lo he dicho: se ha corrido la voz por los despachos directivos del espionaje europeo: la Zarina está en Marsella. Creo que debería usted apresurarse a abandonar esta ciudad…, y no se olvide de mencionar mi nombre cuando regrese a Moscú: me gustaría que constase este nuevo servicio mío para la KGB.

—De modo que es usted un traidor británico.

Adam torció el gesto.

—Soy un «topo» como hay muchos en todos los servicios de espionaje del mundo. ¿Acaso cree usted que en la KGB no hay topos vendidos a los americanos, franceses, alemanes, por supuesto británicos y algunos más…? En este juego del que usted es una experta no deberían alterarla estas cosas… Se me ocurre que quizá necesite mi ayuda para salir de Marsella.

—No tiene por qué arriesgarse tanto por mí —murmuró ella—. Habría bastado una llamada telefónica al hotel, para ponerme al corriente.

—Estas cosas no se dicen por teléfono. Además, usted no me habría hecho caso, o de un modo u otro se las habría arreglado para escabullirse sin que yo la volviera a ver ni de cerca ni de lejos. Y yo quería verla de cerca.

—¿Por qué?

—Quería mirar el fondo de su escote.

Rachel Irish pareció dispuesta a replicar adecuadamente a esto, pero llegó el camarero con la copa y la botella, sirvió a Adam, dejó la botella en el cubo con hielo, y se alejó.

Había en el cielo una neblina que parecía de algodón rosado.

El rumor de Marsella era incesante, trepidante.

Casi todos los hombres que pasaban ante la terraza miraban con gesto muy expresivo a Rachel Irish.

Algunas chicas se habían detenido a unos ocho metros de ambos y contemplaban atónitas a Adam Timmerman. Éste bebió un sorbo de champán, asintió con gesto aprobativo, y dedicó toda su atención a los verdes, espléndidos ojos de la Zarina.

—Me permito insistir en que no disponemos de mucho tiempo para tomar decisiones —murmuró—. Evidentemente, tiene usted que abandonar Marsella cuanto antes.

—No puedo marcharme sin recoger una cosa.

—¿Qué cosa?

—Un paquete.

—¿Qué clase de paquete? ¿Qué contiene?

—Escuche, señor Timmerman, soy lo bastante inteligente para admitir que lo que usted me ha contado puede ser cierto, así que agradezco su… servicio a la KGB al ayudarme a mí. Pero no se exceda, ¿de acuerdo? Como cabe suponer yo he venido a Marsella a hacer algo…, y no esperará que le diga a usted de qué se trata, ¿verdad?

—De modo que está aquí para realizar una misión —murmuró Adam de nuevo.

—Naturalmente. Para mis viajes de placer o de vacaciones conozco sitios mucho mejores que Marsella, se lo aseguro.

—Yo también —sonrió Adam—. Bueno, no discutamos. Yo he cumplido mi parte avisándola… Si pese a todo usted decide permanecer en Marsella es cuenta suya.

—¿Tiene usted coche?

—Claro.

—Pero supongo que no será propio, sino alquilado.

—Por supuesto.

—¿Es usted muy conocido en el servicio secreto británico?

—En los altos niveles, sí.

—Bueno —titubeó ella de nuevo—…, tal vez podría usted ayudarme a salir de Marsella, después de recoger ese paquete del que le he hablado. No puedo recogerlo antes de la noche.

—Sólo faltan un par de horas para la noche —reflexionó Adam

—… En ese tiempo pueden ocurrir mil cosas, o puede que no ocurra nada.

—Usted no está obligado a seguir arriesgándose por mí, señor Timmerman.

—Llámeme Adam.

—Está bien. Pero le decía…

—Me he arriesgado por cosas mucho más estúpidas que poner a salvo a una preciosa muchacha…, aunque sea la más prestigiosa agente de la KGB. Demonios, guapa, alguien le ha hecho una mala jugada al delatarla.

—Sí —apretó los labios Rachel Irish—… Pero ya sabré quién ha sido, y le pasaré… la factura. ¿Sabe usted si se han distribuido fotografías mías?

—No, eso no. Si así fuese los británicos también las tendríamos, ¿no le parece? No, nada de fotografías: simplemente la información de cómo es su aspecto físico y que estaría hoy en el Hotel Armagnac con pasaporte británico a nombre de Rachel Irish.

—Maldito cerdo.

—¿Yo?

—No —casi rió de pronto la Zarina—… ¡Me refiero al traidor que me ha delatado! ¡Espere a que le descubra!

—La verdad es que no me gustaría estar en su pellejo —aseguró el agente británico—. Pero sea como sea…

—Perdone: ¿sería tan amable de darme fuego? —pidió una voz melodiosa en dulcísimo francés.

La Zarina sólo tuvo que alzar la mirada. Adam Timmerman tuvo que hacer lo mismo pero al tiempo girar la cabeza para mirar a su izquierda. Se quedó sin resuello al ver a la muchacha.

Era una maravilla universal. Alta, esbelta pero con formas más que convincentes de su condición de mujer, y además, preciosas. Un rostro de facciones eslavas deliciosas, unos ojos grandes y oscuros, una boca turgente, roja, quizás un poco grande, una barbilla firme y de trazo suave a la vez… La cabellera, de un castaño rojizo espléndido, aureolaba en sol que ahora parecía fuego aquel rostro bellísimo, absolutamente encantador, fascinante hasta el éxtasis…

—¿Eh…? —Logró reaccionar por fin Adam Timmerman.

—Le he pedido fuego, *Monsieur*, si es usted tan amable.

—Oh, sí —Adam se puso en pie, sacó su encendedor, y acercó la

llamita al cigarrillo que la muchacha se había puesto entre los labios—… Con mucho gusto, señorita.

Ella sonrió mientras encendía el cigarrillo, y Adam se sorprendió pensando que de buena gana habría mordido aquella boca deliciosa y jugosa…

—*Merci, Monsieur*.

Adam asintió, apagó el encendedor, y se lo guardó. La muchacha desconocida metió la mano derecha dentro de su bolso de paseo, miró sonriente al pasmado Adam, y dijo:

—Vuelva a sentarse —hablaba ahora en inglés—. Y permanezca todo el tiempo con las manos sobre la mesa. ¿Me ha entendido, señor?

—¿Qué significa esto? —Gruñó Adam.

—Significa que tengo una pistola en la mano dentro del bolso, y que le voy a matar si intenta algo contra mí o contra mi camarada Zarina. ¿Me ha entendido, señor?

—¿Mi camarada? —exclamó Rachel Irish—. ¿De qué está hablando?

—Ya sé que tú no me conoces, pues soy una agente insignificante comparada contigo —dijo la muchacha—, pero también trabajo para la KGB, en París. Allá me enteré de que podías encontrarte en apuros al haber sido delatada, y vine a toda prisa por si podía ayudarte. Me llamo Olga Stenova.

—Atiza —se pasmó Adam Timmerman, dejándose caer de nuevo en su silla—… ¡Ésta sí que es buena!

Y de pronto se echó a reír.

Capítulo III

Olga Stenova se sentó frente a Adam, colocando el bolso sobre la mesa y sin sacar la mano de su interior.

—¿De qué se ríe usted? —indagó.

—A ver si no tiene gracia: resulta que alguien delata a la famosa Zarina, y en lugar de aparecer docenas de agentes de toda Europa, y hasta chinos y americanos, dispuestos a comérsela viva, aparece una camarada de la KGB dispuesta a todo para salvarla, y un topo británico que se la está jugando por lo mismo. ¿Eso no tiene gracia?

—¿Usted es un topo británico? —se desconcertó Olga Stenova—. ¿Quiere decir que es un agente del servicio secreto británico que trabaja para los rusos, para nosotros?

—Exactamente, jovencita. Y tenga cuidado con esa pistola, no sea que se le dispare y le haga daño en la manita. Por cierto, mi nombre es Adam Timmerman… ¿Qué tal?

Adam tendió la mano a Olga, que la miró, miró a la Zarina, y se sonrojó cuando captó la mirada burlona de su camarada, que dijo:

—Tranquilízate, camarada Olga Stenova. Te agradezco tus buenas intenciones, pero no compliques las cosas más de lo que ya lo están… Vamos a ver si entre los tres solucionamos este problema tan inesperado para mí. La verdad es que no se me ocurrió que fuese a encontrar dificultades suplementarias en esta misión, pero así están las cosas, y vamos a afrontarlas con serenidad. ¿De acuerdo?

—Claro que sí, camarada Zarina —la miró embobada Olga Stenova.

—Bien, pues saca la mano de ese bolso y deja de divertir con tu truculencia a nuestro colega y colaborador, el señor Timmerman.

—Adam para los amigos —dijo el británico, tendiendo de nuevo la mano a la espía rusa procedente de París.

De nuevo miró Olga Stenova a la Zarina, captó el gesto de ésta,

y se apresuró a sacar la mano del bolso, aunque ignoró la que le tendía el británico, el cual terminó por encoger los hombros.

—De manera —casi rió la Zarina— que has venido disparada desde París para ayudarme.

—No podía creer lo que oía —dijo Olga—… Al principio pensé que se trataba de algún rumor falso, pero me dije que si había algo de verdad en ello yo debía venir para ayudarte. ¡Y aquí me tienes!

Adam Timmerman volvió a reír, ahuecó la voz, y dijo:

—¡Y aquí me tienes!

—¡Escuche usted…! —Se le encaró Olga, enrojeciendo de rabia.

—Escuche usted, jovencita —la apuntó Adam con un dedo enorme—: su historia tiene menos gracia que un balazo en el vientre. Porque no sé si la Zarina la está creyendo, pero para mí usted no es más que una chica lista del servicio secreto francés que está actuando como cebo para la trampa que pretende cazar a la Zarina… después de saber qué está haciendo ella en Francia. ¿Me ha entendido, señorita?

—Usted es un idiota —jadeó Olga.

—¿Les puedo pedir un favor a ambos? —dijo suavemente la Zarina, atrayendo su atención hacia ella—. Sean tan amables de no hacer nada que llame la atención del público hacia nosotros. Gracias. Y ahora, Adam, si paga usted al camarero podremos marcharnos a discutir la jugada en un sitio más adecuado.

—¿Tengo que pagar yo? Quien pidió el champán fue usted.

—Acaba de demostrarme que realmente es británico —rió la Zarina—. Vamos, déjese de fantochadas, pague, y alejémonos de aquí. ¿Tiene su coche cerca?

—No. Lo dejé frente al hotel. A su hotel, se entiende.

—Yo sí tengo mi coche cerca —dijo Olga Stenova.

—Esta chica es una joya —aseguró Adam, poniéndose en pie y metiendo la mano derecha hacia el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta—. Bien, ya que no tengo más remedio…

—Deje la mano donde está si no quiere que le metan unas cuantas balas en su corazón —dijo una voz masculina detrás de Adam.

Éste quedó inmóvil. Captó perfectamente el leve sobresalto de las dos mujeres, que miraban ahora tras él, tensa la expresión.

Adam murmuró:

—Sólo iba a sacar dinero para pagar la botella de champán.

—A ver si es cierto que sólo saca dinero —dijo el hombre que tenía detrás—. Y hágalo muy despacio.

Adam asintió, y sacó lentamente la billetera, de la que extrajo un par de billetes, que dejo sobre la mesita. Olga y Rachel permanecían inmóviles, desviando de cuando en cuando su mirada un poco a su derecha. Comprendió por qué cuando por ahí apareció otro hombre, al que Adam pudo ver bien. Era un sujeto alto, fuerte, muy rubio, de ojos azul transparente de mirada fría; su boca, pálida, era un delgado trazo hostil bajo una nariz grande y fea.

—Si quieren jaleo habrá jaleo —dijo este hombre, en francés—, pero les sugerimos que acepten perder la partida: simplemente, la Zarina se va a venir con nosotros. ¿Está esto entendido?

—Usted es norteamericano —dijo Adam.

—¿Y qué? —Le congeló el otro con una mirada.

—Bueno, ya comprendo que la CIA tiene que…

—Cierre la boca. No estamos aquí para conversar con usted. Siéntese de nuevo, ponga las manos sobre la mesa, y permanezca así hasta que nos hayamos marchado. Y lo mismo va para usted, guapa —desvió la mirada el hombre hacia Olga Stenova—… Quédense donde están y como están o morirán. Póngase en pie, Zarina.

—De manera que me están secuestrando —murmuró Rachel Irish.

—No se lo tome así: la llevaremos a ver Disneylandia.

—Claro que no —rechazó la Zarina—. Y ello por una razón: ustedes no son norteamericanos. Ustedes son alemanes.

Olga Stenova abrió mucho los ojos. Adam Timmerman lanzó una exclamación. El hombre que dialogaba con ellos frunció el ceño… La Zarina alzó de pronto la pierna derecha, hundiendo salvajemente la punta del pie en el bajo vientre del supuesto norteamericano…, mientras la reacción del agente británico fue digna del más fastuoso y admirable manual para espías en acción: giró por la izquierda, quedó encarado al hombre que tenía detrás con la mano derecha metida en el bolsillo de ese lado de la chaqueta, y, con el puño derecho, le golpeó ferozmente en el estómago.

Aunque no fue propiamente un puñetazo, sino un cañonazo. El hombre quedó súbitamente pálido, demudado, y pareció que le

fuesen a saltar los ojos de las órbitas. Adam le puso la mano en la cara, y lo empujó, derribándolo sobre la acera con toda facilidad. El otro, el que había recibido el ataque de la Zarina, estaba doblado sobre sí mismo, desencajado el rostro… Y fue entonces cuando reaccionó Olga Stenova: agarró la botella de champán y golpeó con ella al sujeto en la cabeza, derribándolo…

—¡Cuidado…! —gritó Timmerman.

Olga Stenova había metido ya la mano bajo la falda, sacó una pequeña pistola, y disparó hacia la calzada. El disparo apenas se oyó. Pero el hombre que salía pistola en mano de un coche estacionado en doble fila frente a la terraza, lanzó un alarido, y volvió al interior, quedando sentado.

En el suelo, el que había sido atacado por Adam se removía haciendo esfuerzos por ponerse en pie…

—¡Vámonos! —gritó la Zarina.

Echó a correr. Olga Stenova partió tras ella. Adam miró la botella que la joven rusa había dejado sobre la mesa, la tomó, y la miró al trasluz, comprobando que todavía quedaba champán. Botella en mano echó a correr, pero regresó enseguida, recogió los billetes, y se los metió en un bolsillo… En pocas zancadas, dejando tras él gritos de histeria y gente buscando cobijo en el sucio suelo, alcanzó a las dos rusas, jadeando:

—¿No decías que tenías coche?

—¡Sí, pero en dirección opuesta! —gritó Olga.

—¡Pues media vuelta!

Olga le miró incrédulamente. Zarina rió, dio la vuelta, y corrió de nuevo hacia la terraza, imitada inmediatamente por Adam. Olga les siguió velozmente…, y la gente, que había comenzado a alzar la cabeza, volvió a intentar meterla bajo tierra. En la calzada se habían parado los automóviles, se oían docenas de claxons… Dentro del coche, el sujeto que había pretendido atacarles con una pistola se contemplaba estupefacto las manos llenas de sangre que no se sabía a ciencia cierta de dónde brotaba… El hombre derribado por Adam había conseguido ponerse en pie. Con mirada turbia vio acercarse corriendo a los tres espías, farfulló algo, y quiso sacar la pistola del bolsillo de la chaqueta. Adam llegó ante él, y lo envió sobre la mesita de un gancho a la barbilla que casi lo alzó del suelo…

—¡En la esquina! —gritó Olga Stenova.

Corrieron hacia la esquina, y apenas doblarla vieron el pequeño Peugeot 205 medio cruzado en el paso de peatones… Se oían silbatos policiales en alguna parte.

Pero cuando la Policía hizo acto de presencia efectiva en el lugar de los hechos, por supuesto no quedaba ni un solo espía al que preguntarle de qué iba la cosa.

Como suele decirse, los pájaros habían volado.

Unos más maltrechos que otros, pero habían volado.

* * *

—Caray —dijo Adam Timmerman—… ¡Eso no ha estado nada mal, ¿eh?! ¡Ha sido estupendo!

Olga Stenova, que conducía, le miró por el retrovisor. La Zarina, sentada en el asiento posterior junto al británico, le dirigió una mirada un tanto irritada.

—¿Estupendo? ¡Ahora sí que todo el mundo se va a enterar de que algo se está preparando en Marsella! Y no veo por ningún lado qué tiene de estupendo enfrentarse a los alemanes.

—Bueno, quería decir que hacía tiempo que a mí me habían apartado de estas cosas, que no me dejaban participar en acciones rudas, y temía ya que me estuviese quedando paralítico. Pero no lo he hecho mal, ¿verdad?

—Y encima te has llevado la botella —señaló Zarina.

—¿Quieres un trago? —se la ofreció Adam.

—Claro que sí —rió la espía soviética.

—El dinero también se lo llevó —dijo Olga Stenova.

—Mujer, naturalmente —le dio Adam unas palmaditas en la nuca—… Si de todos modos alguien me iba a hacer huir, no tenía por qué dejarme atrás doscientos francos.

—Me parece que nuestro colega es escocés —dijo jocosamente Rachel Irish—… Pero lo de recoger el dinero y la botella ha sido un detalle que me ha gustado.

—¿Tú también eres ahorradora? —se interesó Adam.

—No. Simplemente, has demostrado que tienes serenidad, que puedes controlar cualquier situación.

—Zarina: estoy empezando a enamorarme de ti.

Olga Stenova soltó una carcajada, y Adam la miró entonces con el ceño fruncido.

—¿De qué se ríe esta boba? —masculló.

—Nada de gresca —dijo Rachel Irish—. Ahora sí que tengo que salir de Marsella cuanto antes y por el sistema más seguro posible, así que busquemos la solución.

—¿Tienes en el hotel algo que no pueda quedarse allí? —inquirió Adam.

—Claro que no —le miró ella estupefacta.

—No te lo tomes así —sonrió el británico—. A veces uno pone cosas personales en el equipaje de viaje de trabajo, como por ejemplo, el cepillo dental. No te lo vas a creer, pero cuando yo estaba en activo, o sea, cuando me enviaban a asuntos divertidos como el de ahora, cosas de verdaderos espías, había dos cosas personales que no tenía más remedio que llevar; quiero decir que así como no me importaba llevar trajes, camisas, zapatos y demás cosas compradas para la misión en los lugares donde debía llevarlas a cabo, había dos cosas que tenían que ser mías y ya conocidas, a saber: el cepillo dental y los calzoncillos… ¡La que armé un día porque tuve que regresar a un hotel por culpa de los calzoncillos!

—Yo no uso calzoncillos —le miró divertida la Zarina.

—Pero sí debes de usar braguitas, ¿no?

—Sí, pero las llevo puestas.

—Pero bueno —exclamó Olga Stenova—…, ¡¿qué hago, qué hacemos?!

—Para —decidió Adam Timmerman—: la Zarina y yo debemos besarnos.

—¡Déjate de tonterías! —explotó Olga.

—Ya veo que tienes celos.

—¡No seas estúpido!

—Esta chica no entiende el humor británico —masculló Adam —. Por eso debisteis enviarla a París, porque los franceses son más aburridos que una botella vacía. Y a propósito, ¿qué tal si me das a mí un poco de champán?

—Toma, termínalo —le devolvió la botella Rachel Irish, riendo —… Lo mejor será que nos desprendamos de este coche, pues alguien ha podido fijarse en él… Sí, seguro que alguien nos ha visto escapar en él, y la matrícula ya obra en poder de la policía. De

modo que lo mejor será que vayamos a buscar el tuyo, Adam.

—No hay problema. Podemos apearnos cerca de tu hotel, yo voy por delante de vosotras, me meto en el coche, vosotras llegáis detrás de mí, os acomodáis atrás, y nos largamos. Ah, un momento, tienes que recoger el paquete, supongo. ¿O ya no vas a necesitarlo?

—¿Por qué supones eso?

—Bueno, después de lo ocurrido está bien claro que, en efecto, se ha corrido la voz de que estás en Marsella. Y en estas circunstancias no me parece prudente que insistas en llevar a cabo la misión que te encomendaron.

—¿Y quién te ha dicho que la misión es en Marsella?

—Ah —la miró sorprendido Adam—… ¿No es en Marsella?

—No.

—¿Dónde, entonces?

—En otro sitio —sonrió la Zarina.

—Ya.

—No te lo tomes a mal. Simplemente, tú cumplirás muy bien con la KGB si me ayudas a escapar. Por lo demás, no tienes por qué meterte donde no te llaman.

—Debí dejarte con los alemanes —masculló Adam.

—¿Cómo pudiste confundirlos con norteamericanos?

—No los confundí. Sólo quería confiarlos, diciéndoles que al ser ellos americanos y yo inglés teníamos que llegar a un acuerdo, o algo así. Y en cuanto los hubiera embobado un poco con mi charla les habría roto la cara.

—Me da la impresión de que no eres precisamente tonto.

—Recuerdo que cuando iba a la escuela de párvulos…

—Pero bueno —se encolerizó Olga Stenova, tras frenar en seco ante un semáforo y volviéndose hacia ellos—…, ¿es que no os estáis tomando esto en serio?

—Esta chica —la señaló Adam con su dedote parecido a una viga— no está preparada para la vida del espía: le falta alegría.

—Pero tiene razón, Adam —dijo por fin seriamente la Zarina—: éste no es momento de perder el tiempo. De modo que vamos a por tu coche, pasamos a recoger mi paquete, y nos marchamos de Marsella.

—¿Sin recoger tus braguitas en el hotel?

—Tal vez tengas razón —reflexionó la Zarina—… Puesto que

vamos a estar tan cerca no vale la pena hacer cosas que sólo se hacen en fugas desesperadas. Tú y Olga me esperáis en el coche mientras yo entro, recojo mis cosas, y me voy pagando la cuenta. Es el mejor modo de que de ninguna manera pueda nadie relacionar a la británica Rachel Irish con la rubia de la terraza del bar de la Plaza De Gaulle.

—Entraré contigo —dijo Adam.

—No seas tonto —le miró Rachel—. Si quisiera prescindir de tu compañía lo haría de todos modos, sin necesidad de entrar en el hotel por un lado… y salir por otro. Tú y Olga me esperaréis en tu coche, eso es todo.

—Pues vaya una perspectiva —refunfuñó el británico—: el famoso Adam Timmerman con la tonta chica rusa procedente de París.

—¿Sabes lo que eres tú? —explotó Olga Stenova.

—Sí —sonrió Adam—: un tío cojonudo.

Capítulo IV

Rachel Irish entró en su habitación del Hotel Armagnac, cerró la puerta, y poniéndose de puntillas alcanzó la diminuta cajita metálica pintada de blanco que había estado adherida al marco, con un diminuto orificio apuntando hacia el suelo, paralelamente a la puerta.

El dispositivo era simplísimo, y había sustituido muy ventajosamente a los ya arcaicos y decrépitos trucos de poner cabellos o papelitos en el marco de la puerta para saber si alguien había entrado durante la ausencia del espía en la habitación de éste. Ahora, con la cajita, todo era más cómodo y mucho más fiable: en dicha cajita había un sistema de célula fotoeléctrica miniatura alimentada por pila solar; cada vez que algo pasaba por delante del orificio de la cajita en el lado opuesto de ésta aparecía un diminuto punto blanco que quedaba impreso en la oscura pantalla que parecía de simple celuloide.

No había en dicha pantalla más que dos puntos blancos. Es decir, que nadie había entrado en la habitación durante la ausencia de la Zarina, ya que, evidentemente, los dos puntos blancos correspondían a los que había impreso ella misma al abrir y cerrar la puerta, pasando ésta dos veces por el sistema de la célula.

Perfecto.

La Zarina fue al armario, sacó la maleta, metió dentro de ésta sus pocas pertenencias, la cerró, fue al cuarto de baño, metió sus cosas de tocador dentro del maletín de viaje que tenía allí mismo…

Sonó la llamada a la puerta de la habitación.

Rachel Irish volvió la cabeza, y miró talmente como si pudiera ver a través de las paredes. Como esto, por supuesto, era imposible, acabó por recoger rápidamente sus cosas, cerró el maletín, y fue a dejarlo sobre la maleta. Luego se acercó a la puerta, en la cual se repetía la llamada. Rachel se colocó a un lado, y preguntó:

—¿Quién es?

—Somos amigos —se deslizó sigilosamente la voz masculina, en ruso inconfundible—… Abre, pronto. Queremos ayudarte a escapar.

Rachel Irish abrió la puerta, y se quedó mirando a los dos sujetos altos y sólidos como sendas montañas que había ante ella.

—Perdonen —dijo en inglés—, pero no he entendido lo que decían.

Los dos hombres entraron, y uno de ellos cerró la puerta. El otro dijo:

—Somos de la KGB, Zarina. Cuenta con nosotros.

—Está bien —titubeó ella—… Parece que hay más personas dispuestas a ayudarme que a perjudicarme.

—¿Qué quieres decir?

—De París ha llegado nuestra camarada Olga Stenova. ¿La conocéis?

—Claro que no. Ni ella nos conocerá a nosotros. Sabes perfectamente que no vamos por ahí cambiando tarjetas de presentación… Ni tú nos conoces a nosotros, ni nosotros te conocemos a ti. Pero hemos sabido que estabas en Marsella, y que esa información obra también en poder de otros servicios secretos, de modo que hemos comprendido que ibas a necesitar ayuda. Si todos saben que estás aquí, en este hotel, tienes que marcharte, supongo.

—Claro que sí. Y en eso estoy. Pero ya tengo quien me ayuda.

—¿Sí? ¿Se nos han adelantado otros camaradas? ¿O piensas aceptar nada más la ayuda de Olga Stenova?

—También me está ayudando un británico, que dice ser un topo nuestro en Londres.

Los dos hombres cambiaron una mirada de alarma, y la Zarina sonrió. Para ella estaba tan claro que aquellos dos hombres eran rusos auténticos como que cada día sale el sol en el planeta Tierra.

Allá tenía dos buenos muchachotes de la KGB dispuestos a todo por la admiradísima Zarina…

—Lo de la Stenova seguramente es cierto —dijo el interlocutor de Rachel Irish—, pero lo del británico puede ser una trampa. No confíes en él.

—Claro está que no confío en él —aseguró la Zarina—. La verdad es que no confío en nadie. Ni siquiera en vosotros. Como

bien habéis dicho, no nos conocemos. Vosotros me conocéis a mí de nombre, al menos, pero yo ni siquiera sé quiénes sois vosotros. Incluso podríais ser un par de agentes de la CIA que con el señuelo de ayudarme pretendéis llevarme a Estados Unidos. ¿Os parece razonable lo que digo?

—Sí. Pero nosotros somos rusos, de la KGB, y queremos ayudarte.

—De acuerdo. De momento, que uno de vosotros se haga cargo de mi equipaje.

El que no había dicho ni palabra se adelantó, y se inclinó para asir la maleta. Oyó un chasquido tras él, un sonido como de impacto, y se volvió, con más curiosidad que otra cosa…

En una imagen brevísima vio a su compañero todavía de pie, pero cayendo hacia atrás y con los ojos en blanco. Acto seguido, su mirada saltó alarmada hacia la Zarina…, que terminaba de girar velozmente hacia él tras golpear a su compañero.

No tuvo tiempo ni de respingar, el tremendo *ura-shuto* le alcanzó en el lado izquierdo del cuello; tuvo la sensación de que una dolorosísima descarga eléctrica germinaba allá donde había recibido el golpe de karate, y la sensación fue tan profunda que por un instante, al borde de la inconsciencia, incluso pudo llegar a pensar que la intensidad del dolor lo iba a matar, que jamás despertaría. Cayó de bruces junto a la maleta, sin sentido, pero vivo, lo cual comprobó enseguida la Zarina, haciendo lo mismo con el otro. Ya convencida de que ambos estaban simplemente desvanecidos, la bellísima Rachel Irish agarró sus cosas y abandonó la habitación.

Dos minutos más tarde estaba pagando su cuenta en la conserjería. Rechazó amablemente los servicios del hotel para procurarle un taxi, se negó con simpática sonrisa a que le llevasen la maleta, y salió del hotel cargada con sus cosas, echando a andar en dirección opuesta a la vez anterior. Dobló la primera esquina…, y apenas había caminado veinte pasos cuando oyó el brevísimo toque de claxon a su derecha. Volvió la cabeza, y vio detenerse el coche de Adam Timmerman, el cual se apeó rápidamente, abrió el maletero, y metió allí el equipaje de la Zarina, que mientras tanto se sentó junto a Olga Stenova en la parte de atrás. Adam volvió al volante cuando los demás conductores ni siquiera habían tenido

tiempo de impacientarse, y reanudó la marcha.
—¿Algún problema? —preguntó.
—Claro que no.
—¿Claro que no? Pues podía haber sido que sí.
—Pero ha sido que no —sonrió la espía soviética—. Todo está marchando estupendamente, dadas las circunstancias. Y si dentro de una hora el paquete está donde tiene que estar todavía podré hacer el trabajo que he venido a realizar en la Costa Azul.
—De acuerdo —asintió el británico—. Tú dirás dónde tenemos que estar dentro de una hora para recoger ese paquete.

* * *

Finalmente, cuando hacía ya un cuarto de hora que había oscurecido Adam Timmerman detuvo el coche, tras haber estado siguiendo las indicaciones de la Zarina para llegar a su destino.
No había sido nada complicado, por cierto. Habían descendido por Avenue du Prado hasta Promenade de la Plage, para seguir por este paseo bordeando el Parc Borély, al cual habían entrado precisamente por la parte de la playa. Recorrieron lentamente el circuito asfaltado del interior del parque, mirando Rachel Irish a derecha e izquierda, hasta que de pronto dijo:
—Para.
Así lo había hecho Adam, que se volvió para mirar a su colega soviética.
—¿Has visto a quien ha de entregarte el paquete? —inquirió.
—Nadie ha de entregarme nada —sonrió ella—. Yo he de recogerlo, eso es todo. Cuando me veas regresar abre el maletero.
—*Allright.*
La Zarina se apeó, y se dirigió resueltamente hacia un viejo Mercedes estacionado a poca distancia. No había nadie en el coche, y sus portezuelas estaban cerradas. Pero la matrícula era la que la espía se había aprendido de memoria, así que aquel era el coche, simplemente. Metió una mano bajo el guardabarros de la rueda delantera izquierda, y allá, sobre la parte de arriba del neumático, encontró las llaves. Las cogió, fue al maletero, y lo abrió. Dentro estaba el paquete, casi tan grande como una maleta corriente, envuelto en sólido papel de embalar y sujeto todo con grueso cordel

muy bien apretado y anudado en varios puntos.

Zarina cogió el paquete, cerró el maletero, y fue a dejar las llaves donde las había encontrado… Dentro del coche, Adam Timmerman, que la observaba con toda atención, comentó:

—Parece que todo va bien.

Detrás de Timmerman, la dulce Olga Stenova esgrimió la pistola que acababa de sacar de debajo del jersey, y golpeó con ella en la cabeza del agente británico. Éste respingó y gritó de dolor al mismo tiempo, y, para sorpresa y sobresalto de la rusa, no se desvaneció, sino que se volvió velozmente como una fiera, haciendo el gesto de sacar su propia arma.

La Stenova volvió a golpear, ahora en la frente del británico, y esta vez el golpe fue más certero: Adam Timmerman farfulló algo, su mirada se nubló, de repente se le cerraron los ojos, y cayó de costado, retorcido, hacia el otro asiento, causando allá la extraña sensación de que se desenroscaba hasta ocupar una posición normal. Olga miró hacia el Mercedes, y vio a Zarina acercándose desde allí. Se escondió de nuevo la pistola en la cintura de la falda bajo el jersey, cogió las llaves del coche, y se apeó.

Cuando la Zarina llegó al coche Olga ya tenía abierto el maletero.

—¿Por qué has salido tú del coche? —preguntó la Zarina—. ¿Dónde está Adam?

—Está en el coche.

—¿En el coche? No lo he visto al volante…

—Le he golpeado en la cabeza. Está sin sentido. ¡No podemos fiarnos de él de ninguna manera, Zarina!

Ésta metió la maleta en el coche, y se quedó mirando a su joven colega, la cual cerró el maletero y miró a su vez a la famosa agente soviética. La Zarina sonrió.

—Verdaderamente sería una tontería fiarnos de un agente británico.

—¡Seguro que no es ningún topo nuestro, sino uno de esos agentes especialmente entrenados para entrar en acción en cualquier parte del mundo!

—Seguramente es así. Vamos al coche. Tú conducirás.

Olga asintió, se volvió para dirigirse al asiento del conductor, y recibió entonces en la nuca el seco impacto de la mano derecha de

Zarina, que al mismo tiempo, con la otra mano, la sujetó por un brazo. Olga emitió un leve quejido, se le doblaron las piernas, y cayó en brazos de Zarina, que la trasladó con toda facilidad hasta dejarla bien colocada en el asiento de atrás, apoyada en un extremo.

Tras una mirada en torno Zarina entró también en la parte posterior del coche, y lo primero que hizo fue asegurarse de que Adam Timmerman estaba, efectivamente, sin conocimiento. Lo enderezó en el asiento, y procedió a registrarlo sistemáticamente y con admirable rapidez y habilidad. Lo único que encontró digno de interés, y no demasiado, fue la pistola, adminículo al que los buenos espías sólo conceden importancia en los momentos cruciales, esto es, cuando se enfrentan a espías de inferior categoría que todo pretenden resolverlo a tiros porque sus cerebros no dan para más, carecen de la sutileza y la inteligencia del verdadero espionaje basado en la astucia y el oportunismo.

No muy decepcionada (pues habría sido sorprendente y hasta sospechoso que Adam llevase encima cosas importantes), la Zarina procedió acto seguido a realizar la misma operación con Olga Stenova, a la que, como había hecho con Timmerman, palpó el sexo, y ahora, a la muchacha, los pechos, apretándolos como queriéndose convencer de que eran auténticos.

El registro de ambos no aportó nada nuevo a los conocimientos de la Zarina, la cual sacó unos delgados cordeles de su maletín, ató las manos de Olga con ellos, y procedió a lo mismo con las de Adam Timmerman cuando con admirable y hasta increíble fuerza, pasó al agente británico al asiento de atrás como si fuese un bebé.

Finalmente, la Zarina se puso al volante del coche, acercó éste al Mercedes, y procedió al cambio, esto es, a pasar a él todo el contenido del coche de Timmerman, comenzando por éste mismo, terminando por el paquete recogido antes, sin olvidar a la encantadora Olga Stenova.

La Zarina abandonó el Parc Borély al volante del Mercedes, con los desvanecidos Adam y Olga atrás, el paquete de nuevo en el maletero…, y una sonrisa en los labios. Sabía que encontrarían el coche de Adam, pero para entonces ella estaría lejos de Marsella.

Ni por un momento se le ocurrió viajar por la autopista: habría sido dar demasiadas facilidades a sus posibles perseguidores, y eso

hasta podría haber resultado sospechoso. Así pues, estaba ya viajando en dirección al este por la carretera que pasaba por Cassis y La Ciotat cuando oyó el resoplido de Adam Timmerman, algunos gruñidos, una maldición bien concreta en inglés coloquial, y finalmente otro gruñido y su voz.

—Malditas seáis… ¡Par de brujas rusas!

—No te lo tomes así —rió Zarina, atenta a la conducción—, eso no es propio de agentes de nuestra categoría. Además, te aseguro que yo no sabía que Olga pensaba golpearte.

—A otro perro con ese hueso, bruja.

—Puedes creerlo o no —encogió un hombro la Zarina—; pero si no me crees dime entonces por qué razón he golpeado a Olga y la he puesto en las mismas condiciones que estás tú.

Adam Timmerman soltó otro gruñido, y miró a Olga, que parecía dormir dulcemente recostada en el rincón opuesto del asiento.

—¿Por qué razón lo has hecho? —preguntó.

—Porque si ella no se fiaba de ti, yo no me fiaba de ella. De modo que cada cual ha ido a lo suyo. Tómatelo con calma.

—¿Adónde vamos ahora?

—Procura dormir —sonrió la Zarina—. El viaje va a ser un poco largo, tal vez tres horas, o más.

—¿Cómo voy a dormirme si no he cenado? —protestó Adam.

—Eres simpático —admitió la Zarina—, y hasta quizá sea cierto que eres un topo nuestro. Pero por si acaso, Timmerman, no abuses de mi paciencia ni de mis buenos modales. ¿Está esto claro?

Adam Timmerman ni siquiera contestó. Al poco despertó Olga Stenova, que en cuanto se dio cuenta de su situación comenzó a increpar en ruso a la Zarina, hasta que ésta dio una seca orden que dejó muda a la joven colega de la más famosa agente soviética.

El viaje proseguía en la noche. A la derecha se veía de cuando en cuando el resplandor de la Luna sobre el mar, por lo que Adam Timmerman pudo deducir fácilmente que se dirigían hacia el este: Toulon, Cannes, Antibes, Niza, Mónaco… ¿tal vez pasarían a Italia?

De repente miró a Olga, y masculló:

—En cuanto a ti, ese par de golpes que me has atizado los pagarás caros.

—Estúpido.

—Bruja.

—No eres más que un fantoche de la fantasmería británica.

—Y tú eres una palurda soviética, nena.

—No tengo la menor intención de permitir que me entre un dolor de cabeza —dijo la Zarina—, de modo que si no os calláis los dos me veré obligada a tomar medidas disciplinarias.

—¿Qué medidas? —Pareció desafiar Adam—. ¿Vas a pasarte todo el viaje dándonos golpes?

—Eso sería muy aburrido. Pero dime, topo británico: ¿te gustaría pasarte el resto del viaje durmiendo bajo los efectos de un narcótico?

Adam Timmerman cerró la boca. Y Olga Stenova demostró ser tan consecuente e inteligente como él. Estaba claro que ambos querían saber a dónde y por dónde iban.

Capítulo V

Debían de ser cerca de las dos de la madrugada cuando la Zarina detuvo definitivamente el coche. Para Adam y Olga no era ningún secreto que se hallaban nada menos que en Niza, es decir, en algún lugar de Niza que todavía no habían identificado. Ante ellos, rodeado de un pequeño y bonito jardín, se veía un chalé de una sola planta.

—Hemos llegado —se volvió la Zarina hacia ellos—. Salid del coche.

Se apeó ella, y les abrió las portezuelas. Luego, mientras Adam y Olga salían, estiraban las piernas, y caminaban hacia la puerta del chalé, ella sacó el paquete del maletero. Cerró bien todas las puertas del coche, y fue a abrir la puerta de la casa. Adam y Olga llegaron a la salita, y se quedaron allí con cara de pocos amigos. La Zarina salió a recoger el resto de sus cosas, y por último se reunió con ellos en la salita.

—Sentaros —ordenó.

—Tenemos hambre —dijo Timmerman—… ¿Verdad, Olguita?

—Sí —asintió la Stenova.

—Yo también tengo hambre —dijo la Zarina—, y me aguanto. Y si me aguanto yo, se aguantan hasta los Santos del cielo. Sentaros.

Colocó el paquete sobre una mesa que acercó al centro de la sala, donde la iluminación era mayor, y lo abrió. Dentro del paquete, por supuesto muy bien embaladas, había armas y otros objetos de equipo de acción, como pequeñas cargas explosivas, prismáticos, tres radios de bolsillo, varios mapas, dos pequeñas brújulas, dos navajas de resorte… Y un sobre de color marrón, de cuyo interior sacó la Zarina varias fotografías de buen tamaño. Timmerman, que había estado mirando hasta entonces sin gran interés, se acercó a la espía soviética, preguntando:

—¿Qué son esas fotos?

La Zarina no pareció conceder importancia al hecho de que Adam las viese. Olga también se acercó a mirarlas. La primera de las fotografías correspondía a un hermoso yate blanco, de no menos de veinte metros de eslora realmente espléndido, fascinante. Se veía bien su nombre: *Bijoux*. Bandera francesa.

Las tres siguientes fotografías correspondían a tomas algo lejanas del mismo yate, en cuya cubierta se veían algunas personas. Luego, aparecían en primeros planos ampliados, y por tanto perfectamente visibles y reconocibles, rostros de personas de ambos sexos. La Zarina desdeñó enseguida las fotografías de las mujeres, y luego fue mirando el dorso de las fotografías correspondientes a hombres, donde estaba escrito el nombre del personaje en cuestión.

Y, de estas fotografías, solamente se quedó finalmente con tres en la mano. Eran las tres fotos en las que, junto al nombre del personaje, se había marcado con bolígrafo una pequeña estrella. Los nombres eran:

- Jacques Mercier (F)
- Aaron Singleton (USA)
- Guy Rowlands (USA)

—¿Qué significa todo esto? —murmuró Adam.

—Tengo que matar a estos tres hombres —dijo serenamente Zarina.

—¿Por qué?

—Eso no me interesa. Pero es fácil comprender que los tres son de un modo u otro enemigos de la Unión Soviética…, lo cual, especialmente en el caso de los norteamericanos, no es de extrañar.

—Tienes razón —la apoyó inmediatamente Olga Stenova—… ¡Seguro que esos dos americanos están tramando algo contra Rusia! Zarina, ¡déjame que te ayude a terminar esta misión!

—Me parece que sí voy a necesitar ayuda —reflexionó la falsa Rachel Irish—, y creo no equivocarme al contar contigo. Pero… ¿qué vamos a hacer con nuestro colega británico?

—Lo mejor sería que lo matásemos —opinó Olga—… Suéltame las manos y si quieres yo me encargo de eso.

—¿Lo ves? —sonrió Adam Timmerman—. ¡Estás loca por mí!

—¡Puerco!

—Estas cosas las hacíamos de niños —dijo apaciblemente Adam

—: si nos gustaba una chica hacíamos todo lo contrario a lo que tendiese a demostrarlo, o sea, la llamábamos «tonta», «pecosa», «gafitas», «patas de alambre»…, y así toda una serie de epítetos que sólo servía para que las personas mayores se dieran cuenta de que el pequeño Adam estaba loco de amor infantil por la vecinita Peggy Mc Pherson, que en efecto era tonta, pecosa, llevaba gafas y tenía las piernas muy delgadas, pero miraba con la dulzura de un ángel.

La Zarina soltó una carcajada, mientras Olga Stenova miraba con manifiesta y creciente hostilidad al agente británico.

—O sea —dijo la Zarina—, que Olga está enamorada de ti.

—Déjanos solos y desnudos en una cama y verás cómo lo demuestra.

—¡Asqueroso! —clamó Olga—. ¡Si tuviésemos las manos libres te sacaba los ojos, por puerco!

—Pero bueno, ¿qué te pasa a ti? —Se mosqueó finalmente el británico—. Si no te gusto, mátame, pero deja ya de fastidiar, condenada. No estamos entre bestias del espionaje, sino entre la élite, ¿no es así? Haz el favor de conservar la compostura, maldita sea tu estampa… Porque te lo advierto, encanto: si sigues en ese plan tan cretino te voy a violar, para seguirte la corriente de hostilidades entre gente de baja estofa. ¿Me has entendido, perla del Mar Negro?

—Adam tiene razón —dijo la Zarina—. Te voy a soltar, Olga, pero no se te ocurra tomar ninguna iniciativa. Yo soy quien decidirá en todo momento lo que se ha de hacer…, incluyendo en esto a nuestro colega británico. Y en cuanto a ti, querido Adam…

—En cuanto a mí, déjame decirte un par de cositas. Una; tengo hambre y las ligaduras me están cortando la piel y la carne de las muñecas, de modo que suéltame, dame algo de comer, y tienes mi palabra de que no voy a intentar nada que pueda molestarte. Dos: en estos momentos el servicio secreto británico está enterado, con la consiguiente sorpresa, de que el admirable, guapo, simpático y «fiel» Adam Timmerman no está en París corriéndose una comprensible juerga de sexo y manjares, sino en el sur de Francia haciendo cosas raras. Así que si no me retienes a tu lado y me facilitas el viaje a Rusia ya me veo entre rejas en mi amada Inglaterra. ¿Me explico?

La Zarina asintió, y, sin más, con una de las navajas cortó las

finas pero fortísimas ligaduras especiales que sujetaban a la espalda las manos de Olga y Adam.

—Hay comida en la cocina —dijo.

—O sea, que todo está previsto.

—Naturalmente. Olga, ve a traer comida de la cocina. Y tú, Adam, ve al cuarto de baño y límpiate esa sangre y ponte en las muñecas alguna venda, o esparadrapo… ¿No podías aceptar la situación? ¿Tenías que intentar romper las ligaduras?

—Es que los británicos somos muy cabezotas.

—Sobre todo, ahora, con ese chichón que se te ve en la frente —rió la Zarina.

Adam Timmerman frunció el ceño, y se tocó cuidadosamente la aparatosa huella que había dejado en su frente el segundo golpe propinado por Olga Stenova. Y menos mal que no le había abierto una brecha, que todo se limitaba a un chichón. Del mal el menos, como suele decirse. Pero el británico miró torvamente a la joven espía soviética, y dijo:

—De un modo u otro esto me lo pagarás, boba.

—Eres un retrasado mental.

—Ya me has hinchado las narices.

Dicho esto, Adam Timmerman agarró a Olga Stenova por la cintura, y la atrajo con un golpe seco e irresistible, aplastando los senos de la muchacha contra su pecho. Sin más contemplaciones, la besó en la boca, como si quisiera devorar los jugosos y carnosos labios soviéticos con su bocaza británica.

Se oyó el ahogado rugido de protesta de Olga, y enseguida el grito de dolor de Adam al ser mordidos sus labios por la muchacha. La respuesta del británico careció ya de contemplaciones, entró en los más viejos cánones de la escuela dura: mordió a su vez los labios de Olga Stenova, la apretó contra su pecho con tal fuerza que la dejó sin aliento, utilizando para ello un solo brazo, y con la mano libre le dio una tremenda palmada en una nalga y acto seguido la agarró en dolorosa, brutal presa por los cabellos, inmovilizando su cabeza…

Cuando separó su boca de la de Olga Stenova ésta se hallaba lívida, y todo su cuerpo temblaba en fuertes estremecimientos.

Adam Timmerman se pasó una mano por la boca, retirando una manchita de sangre, y dijo:

—Espero que no tengas el SIDA.

Olga Stenova quiso decir algo, pero no pudo; su ira era tal que no podía articular palabra. Adam le dio un cachetito, y se dirigió en busca del cuarto de baño.

La Zarina, que contemplaba con simpática socarronería a Olga Stenova, dijo:

—Algunos hombres resultan realmente difíciles de tratar.

Olga la miró, barbotó una maldición en el más puro ruso, y dando la vuelta emprendió la búsqueda de la cocina.

Media hora más tarde los tres habían satisfecho su apetito, con bocadillos, fiambres, fruta, buen vino, y, para guasa y satisfacción de Adam Timmerman, un excelente champán francés del hallado en el frigorífico, nada menos que una docena de botellas.

—Lo que no se puede dudar es que tus camaradas te cuidan y te miman como si fueses una auténtica reina —comentó Adam—… Nunca había conocido una agente rusa a la que le gustara tanto el champán. Y desde luego, ninguna a la que sus camaradas mimasen tanto.

—Son muy cariñosos —sonrió la Zarina—. Bueno, te voy a permitir que entres en esto, Adam, y posteriormente te vendrás conmigo a Rusia. ¿Estás de acuerdo?

Adam torció el gesto.

—No me ilusiona nada la idea de vivir en Rusia, francamente.

—¿Ni siquiera sabiendo que allí vas a ver siempre que quieras a Olga? —rió Zarina.

—Hombre, no todo había de ser malo: haremos el amor cada día media docena de veces. ¿Verdad, tú, bolchevique? —Olga le dirigió una mirada que parecía lanzar chorros de veneno, y no contestó; el británico le guiñó un ojo y se encaró de nuevo con la sonriente Zarina—. De verdad, no me gusta nada ir a vivir a Rusia, pero si me quedo estoy perdido. Así que de acuerdo. ¿Cuál va a ser mi parte en la operación?

—Serás el encargado de matar a los tres hombres.

La voz de la superagente soviética fue suave, cauta, casi melosa, como si estuviera haciendo amables confidencias. La de Adam Timmerman no fue menos melosa al responder, sin inmutarse:

—Ni hablar de eso.

—¿Por qué no?

—Lo vas a entender enseguida. Es tan fácil que incluso lo entenderá mi enamorada Olga. Verás: si yo me largo a Rusia con vosotras, sin más, me buscará allá el servicio secreto británico, y removerá cielos y estepas rusas hasta conseguir recuperarme para devolverme a Londres y darme una buena lección. Las probabilidades de que mis compatriotas consigan esto serían remotas, ya lo sé, y además, las consecuencias quizá podrían resultar soportables. Pero, amiguita, si yo mato a un francés y a dos norteamericanos, y soy identificado, me van a echar encima todos los perros de caza de la CIA y del SDECE mientras tenga vida y me esconda donde me esconda… No, gracias.

—¿Lo ves? —saltó Olga—. ¡Ya te dije…!

—Cállate —la miró un tanto irritada la Zarina—. ¿Acaso no comprendes que él tiene razón, y que él sabe que yo sé que la tiene?

—¿Qué? —Se pasmó Olga.

—Es preciosa —sonrió Adam con benevolencia, haciendo un gesto hacia la Stenova—, pero bastante tonta. Quizá por eso me gusta. A decir verdad ya estoy harto de mujeres listas. Recuerdo que una vez, en Istanbul…

—Adam, no estamos aquí para relatar anécdotas. De acuerdo, comprendo los buenos motivos de tu negativa. Pero es evidente que tal como están las cosas yo no puedo hacerlo todo sola, así que necesito ayuda, cuando menos para el proceso de acercamiento al yate. A estas alturas la CIA y el SDECE ya han tenido que enterarse forzosamente de que la Zarina está en el sur de Francia…, y hasta es posible que hayan comprendido que mi presencia en esta parte de Europa es debida precisamente a la reunión de esos tres hombres en el yate *Bijoux* y a lo que están tramando.

—¿Y qué es lo que están tramando?

La Zarina titubeó un instante, mientras Olga Stenova la miraba sorprendida y alarmada ante la sola idea de que la admiradísima superespía pudiera llegar a confiar en el británico hasta el punto de informarle del motivo básico de su misión.

—Están tramando la instalación de una nueva escuela de espionaje técnico conjunta, en la que se incluiría una moderna emisora clandestina antisoviética con programación diaria destinada a los países amigos de Rusia.

—¡No has debido decírselo! —exclamó Olga.

Ni Zarina ni Adam le hicieron caso. El británico había fruncido el ceño, y preguntó:

—¿Y matando a esos tres hombres piensas que podréis evitar que el proyecto siga adelante? No tendrán ningún problema en reponerlos.

—Sí lo tendrán, porque esos tres son los técnicos, los… genios creadores de la idea, y para reponerlos tal vez necesiten un año o dos. Y dentro de un año o dos… ¿quién sabe cómo estarán las cosas en el mundo?

—Eso, si queda mundo, ¿no? —sonrió hoscamente Adam—. Bueno, a mí me parece un tanto drástica la decisión de tu Directorio de asesinar a dos yanquis y a un francés, pero es cosa vuestra. Comprendo perfectamente que te hayan enviado a ti, pero en cuanto a mí, la verdad, no me hace nada de gracia intervenir en un asunto semejante.

—¿Te parece demasiado sucio?

—Por ambas partes —asintió Adam—. Pero ellos no andan asesinando personal.

—Escucha —se endureció el gesto de Rachel Irish—: yo soy la Zarina, y no he salido de Rusia para deleitarme con las bellezas de la Costa Azul sino para hacer un trabajo…, que pienso hacer por mucho que te disguste a ti o a cualquiera. De modo que no alarguemos más la cuestión, pues con eso sólo vamos a conseguir que esta boba crea estar viendo y oyendo alucinaciones.

—Sí —torció el gesto Adam—… Tu camarada no es precisamente un elemento de primera categoría. Apuesto a que a ella le encanta eso de ir por ahí matando enemigos de la Unión Soviética.

—¡Claro que sí! —saltó Olga Stenova.

Zarina y Adam hicieron un gesto de resignación, y la primera preguntó:

—Veamos: ¿hasta qué límite estarías dispuesto a llegar para ayudarme, Adam?

—Puedo hacerte de ojeador.

—De acuerdo.

—Pero… ¿estáis locos? —saltó de nuevo Olga Stenova—. ¡Él no puede ir de ojeador, porque si le ven y luego lo describen será identificado!

Adam Timmerman alzó los ojos hacia el cielo y suplicó:
—Perdónala, Señor, porque no sabe lo que dice.
—El yate *Bijoux* está anclado frente a Quai Cassini —dijo Zarina casi sonriente—. Lo mejor sería que te fueses cuanto antes, buscases un hotel adecuado, y por la mañana iniciases tranquilamente el ojeo. No puedes dedicar a eso más de veinticuatro horas, Adam. ¿De acuerdo?
—Sí.
La Zarina tiró las llaves del coche a las manos de Adam Timmerman, que las agarró, se las guardó en un bolsillo, y, como si jamás en su vida hubiera tenido sueño ni cansancio alguno se dirigió hacia la puerta. Allí se dio una palmada en la frente, como quien recuerda algo cuyo olvido es pura y simplemente imperdonable, y volvió sobre sus pasos, acercándose a Olga, que parecía una estatua sentada en un sillón. El británico se inclinó, le agarró la barbilla con dos dedotes, se inclinó, y besó la jugosa boca.
—Cuídate, tonta —recomendó luego.
Guiñó un ojo a la Zarina, salió de la salita, de la casa… Al poco se oyó el zumbido del motor del Mercedes al ser puesto en marcha, y luego alejándose… Sólo entonces reaccionó Olga Stenova, mirando como alucinada a la Zarina.
—No es posible que tú cometas disparates semejantes —susurró —, de modo que debes de tener muy buenas razones para dejar marchar así, y con toda esa información, a ese maldito británico.
—Celebro que por fin entres en razón —asintió la Zarina, tras encender otro cigarrillo—. Pero antes de nada contesta a una pregunta: ¿tú crees que Timmerman es tonto?
—De eso nada… ¡Claro que no es tonto!
—Entonces hará lo que tiene que hacer, esto es, complacerme. Porque él ha de pensar como tú, esto es, que yo no puedo ser tan loca como para permitirle marchar con esa información que bien administrada incluso podría congraciarle con su servicio. De modo que, simplemente, tras tomar las precauciones propias del caso, Timmerman rondará el yate *Bijoux* y de un modo u otro me conseguirá la información adecuada para mi trabajo: cuántos hombres hay en el yate, qué clase de gente es, dificultades para acceder directamente al barco, posibles señales de alarma o tal vez alguna trampa… También podría ser que las guapas chicas que hay

en el yate no fuesen las clásicas alegradoras de la vida de los juerguistas millonarios, sino peligrosas guardaespaldas con aspecto angelical… Todo, absolutamente todo cuanto pueda contribuir a que yo no tenga tropiezos cuando decida ir a matar a esos tres hombres, me lo dirá en veinticuatro horas nuestro colega Adam Timmerman…, si es que realmente desea seguir a mi lado, para saber la verdad.

—¿Qué verdad?

—La que se refiere a mi verdadera misión en la Costa Azul. Como comprenderás él no se ha creído en ningún momento que yo le he dicho la verdad, pero se hará el tonto y se ocupará del yate *Bijoux* como si todo fuese cierto.

—¡Y si se escapa no tendrá demasiada importancia! —exclamó Olga.

—Claro que no —sonrió la Zarina—, porque ni siquiera mi aspecto es el verdadero, pues llevo algunos pequeños elementos de disfraz que deforman mi rostro y mis ojos. Pero no te preocupes, que el señor Timmerman volverá a nosotras con toda la información, aunque esté convencido de que no la necesito para nada, pues mi misión es otra.

—Y él querrá saber cuál es.

—Exacto. Y mientras él quiere saber cuál es, yo la llevaré a cabo. Esto es, iré a matar a esos tres hombres del yate *Bijoux*.

Olga Stenova quedó como flotando entre tinieblas.

—¿Qué? —alentó finalmente.

—Ya veo que todavía no lo entiendes. Y espero que el señor Timmerman tampoco lo entienda. La verdad, querida camarada Olga Stenova, es que sí he venido a Niza para matar a esos tres hombres, pero el mejor modo de que el colega británico crea otra cosa es decirle la verdad. Y como él estará convencido de que mi verdadera misión no es matar a esos tres hombres, y querrá estar a bien conmigo, me facilitará toda la información propia de ojeador de primera categoría como ha de ser él, convencido de que no la voy a utilizar, de que sólo se la he pedido para poner a prueba su fidelidad a mí. Y mientras él cree eso, y cree que podrá enterarse de cuál es mi verdadera misión, yo ya la estaré cumpliendo matando a esos tres hombres. ¿Lo comprendes ahora?

—Pe-pero eso… eso es… maquiavélico… ¡A mí jamás se me

habría ocurrido una cosa así! ¡Y no creo que él sospeche ni remotamente una trampa semejante!

—Claro que no —casi rió la Zarina—. ¿Por qué crees que siempre he salido triunfante de tantas y tantas misiones en las que ningún hombre ha podido tan siquiera inquietarme? Porque se las dan de listos, nunca admiten la posibilidad de que una mujer pueda engañarles. ¡Y vaya si he engañado a muchos hombres, querida camarada, vaya…!

—¡Me alegro! ¡Todos los hombres son unos… unos…! ¡Y espero que le des finalmente su merecido a ese cerdo de Timmerman!

—Por supuesto que sí.

—Le estará bien empleado, por haber querido burlarse de ti sólo por ser hombre.

—Oh, también lo han intentado algunas mujeres —deslizó suavemente Rachel Irish—, pero no sé qué pasa conmigo, que cuanto más intentan engañarme más desconfiada y perceptiva me vuelvo y más y más claras veo las cosas a mi alrededor.

—¡Apuesto a que todavía no ha nacido la persona capaz de engañarte a ti, Zarina! —exclamó emocionada por la admiración Olga Stenova.

—Puedes estar segura de que no, camarada. Y ahora vamos a descansar unas horas…, mientras nuestro simpático colega británico trabaja para nosotras.

Capítulo VI

Una de las chicas fue la primera en verlo cerca del yate. Se quedó mirándolo porque la facha del sujeto le llamó la atención: era uno de esos greñudos que visten grotescamente, con botas de piel pero con chaleco, o sea, sin sentido, porque si hace tanto frío que uno tiene que ponerse botas es absurdo que vaya con los brazos al descubierto…

Eso sí, el sujeto tenía músculos para dar y vender, y a lo mejor era por eso que le gustaba lucir los brazos, para darse importancia y fanfarria, que a fin de cuentas cada cuál tiene su debilidad en la vida. Pero vamos, que era un estrafalario eso era seguro, porque uno puede vestir como le dé la gana, no faltaría más, pero que sea de modo consecuente, es decir, una pieza de ropa acorde con la otra y todas acordes a las necesidades del clima; vamos, si no es mucho pedir, pensó la chica, que era un encanto. Alta, rubia, de ojos azules, vestía como está mandado por los cánones cuando se viaja en un yate de lujo, esto es, unos *shorts* blancos, zapatillas del mismo color, y un jersey listado en blanco y azul que moldeaba un busto capaz de hacer salir los ojos de las órbitas a una estatua.

—¡Oiga! —gritó el greñudo desde el muelle—. ¿Puedo subir?

La muchacha, que mascaba aburridamente chicle sentada en una de las extensibles de la toldilla de popa, le echó un último vistazo: alto, fuerte, rubio, barbudo, con chaleco, botas y tejanos, y con lentes de sol de cristales redondos y de color más bien morado. ¡Menudo ejemplar para empezar la instalación de un zoológico!

—Suba —autorizó.

Y es que cuando uno se aburre es capaz de cualquier cosa, incluso de buscar distracción contemplando de cerca a esa fauna variopinta que se ha dado en llamar homo sapiens, y que de hombre tiene lo más representativo y no siempre, y de sapiente o sabio las más de las veces no lo es más que un calamar, por decir algo.

—Es usted muy amable, gracias —accedió el sujeto a cubierta.

La muchacha se dio cuenta entonces de que el sujeto llevaba colgada a la espalda una guitarra, o un banjo, o algo parecido a uno de estos dos instrumentos; y de que no es que fuese alto, sino que era enorme. Miró más a su gusto los brazos, y dudó entre pensar qué pasaría si aquel tipo le soltase una bofetada o cómo se debía de estar en plan cachondo entre aquellos brazos. Las ideas iban y venían en la mente de la muchacha. Lo dicho, inconvenientes del *dolce far niente*, o sea, de la dulzura de no hacer nada: uno se aburre y se agarra a cualquier cosa para distraerse.

—¿Puedo servirle en algo? —se ofreció la muchacha, que talmente parecía una muñeca de los viejos tiempos del *technicolor*.

—Ya lo creo. ¿Quiere que le cante algo?

—No, qué horror —se sobresaltó la muchacha—… ¡Claro que no! ¡Es demasiado temprano para monsergas!

—¿Y esta noche? ¿Eh? ¿Qué le parece esta noche?

Dos tipos vestidos más o menos deportivamente, grandes como ballenas y desde luego con expresión menos amistosa que éstas, aparecieron cualquiera sabía de dónde, acercándose al sujeto estrafalario, que aguardaba la respuesta por parte de la muchacha.

—Usted —dijo uno de ellos—, largo de aquí.

El greñudo barbudo volvió un poco la cabeza hacia ellos, y dijo:

—Estoy hablando con la señora.

—¿Sí? Pues ahora va a ver cómo…

—Esperad —rió la chica—. ¿No veis que es un hombre educado? A ver señor, ¿qué decía usted?

—Decía que unos amigos y yo andamos por ahí tocando música para gente pudiente, así como ustedes. Primero hacíamos ruido en cualquier sitio y a cualquier hora con tal de sacar unos francos para comer y viajar por la Costa, pero lo pensamos mejor, y ahora sólo tocamos para gente selecta.

—Ah… ¡Eso está muy bien pensado!

—Sí, ¿verdad? —sonrió el barbudo—. Cada día le toca a uno de nosotros buscar el cliente de la noche, y los demás se la pasan tan ricamente tomando el sol o ligando. Hoy me ha tocado a mí buscar el cliente para esta noche. Y en cuanto he visto el yate me he dicho: ¡Coño, Pierre, aquí hay más pasta que en el Banco de Francia! Oiga, y tocamos bien, no se vaya usted a creer que somos unos

desgraciados… Además, siempre encontramos alguna chica por ahí que para divertirse se une a nosotros y hace *striptease* o cualquier otra burrada. Estamos teniendo mucho éxito. Sin ir más lejos, hace un par de semanas, en Jean-les-Pins…

—Pare, pare —alzó las manos la muchacha—… ¡No puedo seguirle!

—Ni falta que hace —dijo uno de los tipos deportivos—. Venga, usted, ya se está largando de este yate.

—¿Es suyo? —preguntó Pierre.

—Claro que no. Pero trabajo en él.

—Pues yo también. Y si no trabajo ahora quizá trabaje esta noche. Y entonces bien que se divertirá conmigo y mis amigos, y no se dedicará a tocarme las narices… ¿Por qué no se porta como un buen chico y se va a hacer pipí mientras yo termino de contratar con la señora?

La otra ballena soltó una risita, y la muchacha una graciosa carcajada, cosas ambas que mosquearon al hombre. Cometió el error de considerar que el mejor modo de salir airosamente de la situación era arrojando por la borda a Pierre, o poco menos, así que lo agarró por el chaleco y dijo:

—Ust…

Eso fue todo. El apático, estrafalario, grotesco y greñudo Pierre, que parecía cansado hasta para soportar el peso de su cabellera, se movió de pronto como si fuese una máquina recién enchufada. Fue un movimiento centelleante, un leve giro, el movimiento del brazo derecho… Nada más. Pero el puñetazo, corto y seco, resonó en el estómago del otro, que, simplemente, se encogió, quedó inmóvil, palideció, y se derrumbó como convertido en piedra… Su compañero ya no le vio tanta gracia a esto, y dio un paso hacia Pierre, con gesto realmente poco amistoso. Todo lo poco amistoso que es golpear a una persona con el puño en plena barbilla.

Sonó el trallazo del impacto, la barbilla de Pierre se movió algo así como una décima de milímetro al recibir el golpe, y Pierre frunció el ceño.

—¿Qué le pasa? —preguntó—. ¿Usted también busca pelea?

El hombre le contemplaba con los ojos casi fuera de las órbitas. Se miró el puño incrédulamente, quiso volver a mirar a Pierre…, y en ese momento éste le descargó un mazazo en lo alto de la cabeza.

El sujeto tuvo la sensación de que estallaba una bomba dentro de su cabeza, y sencillamente se desplomó.

—Quietos —decía en aquel momento la muchacha—... Ya está bien. Yo atenderé a nuestro visitante. ¡Llevaros a estos dos y no molestéis más!

Habían aparecido cuatro sujetos parecidos a los dos primeros, con intenciones más que clarísimas con respecto a Pierre, pero las palabras de la muchacha los frenaron, y, acto seguido, aunque de mala gana evidente, fueron obedecidas. Los dos sujetos fueron recogidos y retirados de escena. Pierre y la muchacha quedaron solos en la toldilla de popa.

—Caray —movió la cabeza Pierre—... ¿Tiene muchos amigos como ésos?

—Bastantes.

—Pero... ¿todos en el barco? —se alarmó cómicamente el greñudo.

—Digamos que en el barco, entre tripulación, caballeros de compañía y empleados especiales hay unos veinte hombres como ésos —la muchacha sonrió encantadoramente—... Se lo digo porque si está usted pensando en venir a robar en este yate será mejor que se suicide, Pierre.

—No tengo intención de hacer ninguna de esas dos cosas. Bueno, ¿qué me dice? ¿Me contratan para esta noche?

—La verdad es que me gustaría, pero esta noche no estaremos aquí.

—A mí y a mis amigos no nos molesta viajar. Y siempre se va mejor en yate que haciendo autoestop.

La muchacha reía como encantada de la vida.

—Me llamo Grace —dijo—, y usted me resulta simpático, pero créame: por el momento no podemos contratarle.

—¿Podemos? ¿Usted y quiénes más?

—Los dueños del yate.

—¡Creí que la propietaria era usted!

—¿Sí? ¿Por qué?

—Bueno... Tiene toda la facha de una niña rica, ya me entiende... Una de esas tías que nacen ricas, y ¡hala, a vivir para siempre!

—Tengo la impresión de que dice eso con la buena intención de

halagarme, y se lo agradezco, Pierre. Es usted un hombre muy interesante y divertido, pero le aseguro que por ahora no podemos contratarle.

—Bueno, qué le vamos a hacer… ¿Qué tal dentro de una semana? A lo mejor ya habrán vuelto de su viaje.

—No creo. Dentro de una semana estaremos por Grecia, más o menos.

—Caray, ¡eso sí es viajar! En fin… Bueno, quizá volvamos a vernos el próximo verano, ¿eh?

—Le deseo que para entonces tenga toda una orquesta y que se disputen sus servicios todos los yates de la Costa Azul.

—Oiga, pues me ha dado una idea, ¿sabe?

Grace rió, Pierre rió, se quedaron mirándose, y de pronto él encogió los hombros, hizo un saludo de despedida que parecía el de un boxeador, y regresó a tierra por la blanca pasarela.

La muchacha estuvo mirándolo mientras se alejaba examinando otros yates, y, en cuanto estuvo segura de que él no podía verla, se apresuró a penetrar al interior del yate.

En el salón de éste, de pie, estaban los dos sujetos golpeados por Pierre. Sentados en sendos sillones y en el sofá, tres hombres, cuyas fotografías obraban en poder de la Zarina.

Era facilísimo identificar a los norteamericanos Guy Rowlands y Aaron Singleton y al francés Jacques Mercier… Había dos hombres más, de expresión adusta, sentados juntos en el extremo del largo diván. En dos coquetos asientos dos chicas tan guapas como Grace, igualmente pletóricas de salud y belleza y poseedoras de sensacionales senos bien moldeados por el jersey de marinerito.

—¿Qué es lo que pasa? —Gruñó el francés Mercier.

—Creo que nada —dijo fríamente Grace—. Pero si pasase algo estos dos idiotas todavía lo habrían agravado más. ¿Es que no sabéis estaros quietos, par de cretinos?

—Ese tipo —gruñó uno de los golpeados— tenía todas las trazas de ser uno de esos fantoches de la CIA.

—Pues razón de más para que os hubierais estado quietos. ¿O es que os creéis que vosotros solitos, o contando con toda nuestra ayuda vamos a poder con la CIA, imbéciles? Ya lo estaba manejando yo, ¿no es cierto? Además no es de la CIA —Grace miró a Mercier—… Habla muy bien el francés, pero es británico.

—Los británicos y los de la CIA hacen buenas migas —murmuró el norteamericano Rowlands.

—Si empezamos a ver fantasmas por todas partes no haremos nada —advirtió Mercier—. Lo que estamos tramando es demasiado importante para permitir que nos perturben incidentes tontos. Y ni siquiera incidentes serios.

—Escuche, Mercier —dijo reposadamente Aaron Singleton—, usted y nuestros amigos de África están muy tranquilos porque, evidentemente, nada le ha ocurrido que les parezca inquietante, ni en Francia ni en África. Pero a nosotros sí nos han ocurrido cosas extrañas en Estados Unidos, motivo por el cual, precisamente, pedimos que esta vez la reunión definitiva se organizara aquí, no allí. Estamos… mosqueados, simplemente.

—¿Qué les ocurrió? —preguntó uno de los procedentes de África.

—Varias pequeñas cosas alarmantes —tomó de nuevo la palabra Row— lands—… Como si alguien, de pronto, hubiera tomado gran interés en nuestras respectivas fábricas, en nuestras oficinas… Incluso hubo dos intentos de robo nocturno en mi domicilio privado. No sé, cosas extrañas.

—Esto no es un cuento de duendes y hadas, Rowlands —dijo secamente el otro africano—. O les ha ocurrido algo concreto, o vamos a dar ya por sentado que todo han sido insignificantes sucesos casuales, ¿de acuerdo? Ustedes decidan.

—Está bien, sigamos adelante. Pero no entiendo por qué se irritan tanto por nuestras preocupaciones: estamos tramando el montaje de algo que en el futuro va a costar cientos de miles y hasta quizá millones de vidas humanas, de modo que es lógico que vayamos con mucho cuidado.

—¿A usted le preocupan las vidas humanas? —sonrió criminalmente Jacques Mercier.

—En lo más mínimo —rechazó Rowlands—. Claro que no.

—A nosotros —intervino de nuevo Singleton—, a todos los que estamos reunidos aquí, sólo nos interesa el dinero en cantidades dignas de ser consideradas como riquezas. Pero es cierto, estamos tramando algo demasiado… fuerte, diría yo, y es lógico que cualquier cosa nos inquiete. En cualquier caso, tal vez sería excesivo preocuparnos por un vagabundo barbudo.

—La historia que me ha contado tiene gracia —sonrió Grace—… ¡Y hasta resulta verosímil! Francamente, yo me la he creído. Vividores como ese sujeto, sin un céntimo en los bolsillos, recorriendo la Costa Azul a costa del prójimo, los hay a miles. Pero claro, no dicen llamarse Pierre cuando en realidad son británicos. O quizá sí —reflexionó—… A veces vienen tan hartos de sus mierdosas vidas en sus ciudades, en sus empleos, en sus familias, que al llegar aquí cambian de nombre como primer paso para olvidarse de todo lo que dejan atrás, aunque sólo sea por unas cuantas semanas.

—¿Podría ser un agente secreto británico? —sugirió Rowlands.

—¡Qué va! —rió Grace—. ¡Era demasiado simpático para eso!

—Está bien —dijo Mercier—. Que cada cual se ocupe de sus asuntos, no quiero más complicaciones, ¿entendido, Rowlands, Ives?

—Sí señor —gruñó Rowlands, el primer golpeado por Pierre—…, pero a mí ese sujeto sigue pareciéndome un agente de la CIA.

Singleton masculló una maldición. Los dos africanos comenzaron a hablar al mismo tiempo. Las tres chicas miraban a unos y otros sin saber qué actitud tomar. Jacques Mercier consiguió por fin poner un poco de orden, y dejó oír su voz:

—Caballeros, esto es absurdo, parecemos cuatro *gangsters* de mala muerte preparando el robo de una charcutería. Hablemos de ese Pierre. ¿Por qué, sencillamente, no lo liquidamos? Grace: ¿hacia dónde fue?

—Creo que abordó el yate más cercano…, supongo que para seguir ofreciendo sus servicios.

—No estará hablando en serio con eso de liquidarlo —dijo Rowlands—… Si realmente fuese de la CIA caerían sobre nosotros como avispas furiosas.

—Ésa es la idea. Se me estaba ocurriendo una idea que podría revelarnos cuánto sabe la CIA, si es que sabe algo, pero implicaría el asesinato de ese Pierre, aunque por medios indirectos, y… No, vamos a dejarlo. Lo que ha dicho Grace me ha dado otra idea mejor. Vamos a ver: ese Pierre está buscando un yate en el que acepten sus servicios, ¿no es cierto, Grace?

—Exacto: él y sus amigos tocando música y haciendo el payaso. Puede ser algo divertido… por una vez y para variar, claro. No me

sorprendería nada que tuvieran éxito.

—Pues no vamos a zarpar esta tarde —sonrió Mercier—. Nos vamos a quedar aquí, a ver si Pierre encuentra alguien que le contrate. Si es así, la cosa está clara y se terminaron las preocupaciones, ¿de acuerdo?, pues significaría que lo que dice es cierto. Y si no es cierto que tiene un grupo de amigos que hacen el tonto con él…, será cuestión de tomar las medidas oportunas. ¿Está todo entendido?

—Desde luego —asintió Singleton—… Y su idea me parece estupenda, Mercier.

* * *

—Es una idea simpática —admitió la Zarina—, pero comprometida, ya que si esta noche no apareces por el muelle con un grupo de amigos adecuados, la gente del *Bijoux* se pondrá en guardia.

—Esta noche ellos no estarán en el Quai Cassini —recordó Adam—: se van hacia Grecia.

—Pero pueden dejar a alguien que les vaya informando respecto a si es cierto o no que hay un grupo de simpáticos chiflados que van de yate en yate organizando fiestas insólitas para regocijo de millonarios aburridos. Y si en ningún momento se les informa de alguna de esas fiestas pueden fácilmente llegar a la conclusión de que el greñudo y malgeniado Pierre es otra cosa.

—Lo más gracioso del asunto —rió entre dientes Adam— es que el yate de al lado, al que fui a ofrecer los mismos servicios, aceptó la juerga loca. Maldita sea, unos jugándose la vida por cuatro peniques contra gente a la que nunca ha conocido, y otros aburriéndose rebozados en millones. Esto de la vida no está demasiado bien organizado, me parece a mí.

—Tengo la impresión —le miró socarronamente la Zarina— de que no te has tomado esto demasiado en serio, Adam.

—Bueno, se me ocurrió que quizá tú me estabas mareando con pequeñas tonterías, así que, en efecto, no me lo tomé muy en serio.

—O sea, que pensaste que lo del yate *Bijoux* era una mentira mía para recurrir a ella en caso de necesitar poner a prueba a alguien —sonrió la bella espía soviética.

—¡Qué desconfiado soy, ¿verdad?!

La Zarina rió. Olga Stenova, sentada en un sillón muy quietecita y calladita, y mirando de uno a otro como si fuesen seres de otro mundo, no conseguía reaccionar. La Zarina se puso en pie, se acercó a una ventana de la salita, y se quedó mirando el soleado exterior ajardinado.

Al fondo, lejos, se divisaba por entre brumas de calígine el azul intenso del mar.

—Pensé —miró de nuevo y de pronto a Adam— que harías las cosas con más discreción y seriedad. Pero, evidentemente, si creías que te estaba… manipulando, tenías motivos para tomarte la cosa a broma y hacer el payaso. Como sea, la cosa ya no tiene remedio, y tenemos que estudiar el modo de sacar partido de la situación tal como ha quedado, ¿no?

Adam Timmerman entornó los párpados.

—¿Quieres decir que la realidad de tu trabajo en la Costa Azul está verdaderamente relacionada con el yate *Bijoux*? —murmuró.

—Sí.

—Estaba empezando a temerlo. Pero si he metido la pata no ha sido por mi culpa, sino por la tuya.

—¿Dices que los del yate contiguo al *Bijoux* aceptaron eso de la juerga contando con vuestra… actuación? Pues no sería una mala idea ir allá esta noche y ofrecérsela.

—¿Estás bromeando? —Se pasmó Adam—. ¡No voy a ir yo solo a hacer el payaso en ese yate! Ya me disfracé esta mañana con pelos y ropas de punk, pero de eso a ponerme a hacer monerías tocando el banjo…

—Busca gente que sepa hacerlo y que además se divierta con ello. Estoy segura de que en la playa encontrarás gente de toda clase dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de divertirse.

—¿Quieres decir —comenzó a reír Adam— que busque una pandilla de muchachos verdaderamente chiflados, de esos que van dando la lata a la gente en todas partes gritando, bailando y vestidos de cualquier manera?

—Y hasta sería más divertido si encontrases un par de chicas de esas que creen que la mayor gracia del mundo consiste en desnudarse cuando se han bebido tres copas de champán. Bueno, simplemente me pregunto si eres un tipo aburrido o un hombre capaz de organizar una verdadera fiesta… que convenza a los del

Bijoux o a los amigos que hayan dejado en el muelle de que el tal Pierre es lo que decía ser.

—Ya. Supongamos que yo fuese capaz de organizar toda esa juerga loca… ¿Qué harías tú mientras tanto? ¿Tomarías parte en ella?

—No.

—¿Pues qué harías?

—Ocuparme del *Bijoux*.

—Estará navegando.

—Haga lo que haga el *Bijoux* —dijo suavemente la Zarina— yo me ocuparé de él y de las personas que en él viajan.

—¿Y yo qué hago? —Pareció resucitar Olga Stenova.

—Irás con Adam —decidió Rachel Irish.

—¡Oh, no! ¡Yo prefiero ir contigo!

—Te divertirás más con él.

—Pero yo no creo divertirme mucho con ella —farfulló Adam—. A menos que termine por admitir que me ama locamente, y cuando estemos en el yate que nos ha contratado, a la luz de farolillos de colores, la luna creciente y pálida, música y cataratas de champán, caiga en mis brazos rendidamente y me pida con pasión incontrolable que la haga mía para toda la eternidad.

—¡Payaso estúpido! —le increpó Olga—. ¡Nunca caeré en tus brazos, so cretino!

—Pues tú te lo pierdes —sentenció Adam Timmerman—. Mira, precisamente recuerdo a una chica de Birmingham, una pelirroja que…

—Tenemos muchas cosas que hacer —le interrumpió amablemente la Zarina—, así que hagámoslas.

Capítulo VII

A decir verdad lo único que ocurrió fuera de lo previsto en el programa fue la permanencia del yate *Bijoux* en su amarre del muelle. Había llegado la noche, y allá seguía, inmóvil sobre las ahora luminosas aguas.

Desde la lancha que se había procurado la Zarina observaba tanto el yate *Bijoux* como el otro, aquel en el que se estaba celebrando la bonita y divertida juerga loca, distante del primero, babor por estribor, apenas veinte metros. Exagerando simpáticamente se podía decir que se podía pasar de un yate al otro de un simple salto.

De cuando en cuando la Zarina dejaba de mirar con los prismáticos hacia los dos yates, y echaba un vistazo en torno, pues era no poco comprometido permanecer en el centro del puerto en una pequeña lancha y con las luces apagadas.

El ceño de la espía soviética permanecía fruncido. ¿Significaba aquello que el *Bijoux* no iba a zarpar en toda la noche o que estaban esperando algo para hacerlo? Porque si no iban a zarpar ya no tenía objeto esperar más, y si estaban esperando algo valía la pena preguntarse qué podía ser. ¿Tal vez algún nuevo personaje?

¿O simplemente se habían quedado en el muelle para cerciorarse de que el estrafalario Pierre no era otra cosa que la que decía y aparentaba ser?

«—No puedo pasarme la noche haciendo cábalas», pensó la espía.

Dejó los prismáticos a un lado, agarró los remos de emergencia, y los colocó en los soportes, comenzando a remar hacia el muelle tras encender las luces reglamentarias. Poco después detenía la lancha agarrándose a la cadena del ancla del otro yate. Hasta allí llegaba la música y el jolgorio del yate en el que Adam Timmerman había organizado la «fiesta». Una sonrisa pasó fugaz por los labios

de Rachel Irish cuando pensó que le gustaría ver qué estaba haciendo Adam, y, sobre todo, Olga Stenova, cuyo sentido del humor no parecía precisamente bueno, y por supuesto muy lejano al del espía británico.

Desde donde estaba ahora, la Zarina podía ver parte del yate *Bijoux*, en cuya borda divisaba hombres y mujeres, sin duda presenciando la fiesta del otro yate.

Y pensando nuevamente que no podía pasarse la noche haciendo cábalas, ni perdiendo el tiempo de ninguna otra manera, la Zarina comenzó a desnudarse rápidamente.

* * *

—Y tú ¿qué? —Se plantó Pierre delante de Olga Stenova—. ¿Haces el amor o trabajas?

—Estúpido —dijo ella, tras retirar un momento la armónica de su boca.

—Eres adorable, amor mío.

Dejando de tocar el banjo, Adam Timmerman agarró por los brazos a Olga Stenova, y la apartó del grupo de jóvenes músicos que estaban amenizando la fiesta a los ocupantes del yate.

—¿Qué haces…? ¡Suéltame!

—Calla, tonta.

Sin más, Adam la abrazó y la besó en la boca. Se oyeron risas y palmas. Los jóvenes que tocaban no hacían el menor caso. Estaban encantados de la vida. Y si no, a ver: ellos estaban tan tranquilos tomando unas copas en un bar del paseo cuando se les presenta el tal Pierre, y les pregunta si tienen algunos amigos que sepan hacer música y que sean simpáticos, para invitarlos aquella noche a una fiesta en un yate. Y allá estaban, divirtiéndose y divirtiendo a los demás. Uno de ellos, un muchacho de apenas veinte años, rubio y guapíiiiiiisimo, había sido invitado ya el día siguiente a una quinta de la Moyenne Corniche, donde le estaría esperando la madura pero vistosa y evidentemente apasionada cuarentona que aquella noche lucía un escote tremendo. Corría el champán, la gente reía, sonaba la música… ¡A divertirse, que son cuatro días!

La que no parecía tener mucha capacidad de diversión era Olga Stenova, que finalmente consiguió apartar su boca de la de Adam

para respirar y jadear:

—¡Déjame en paz, animal!

—Nada de eso, cariño. Dentro de poco tú y yo iremos a hacer el amor a popa. Pero mientras tanto, ¡sigue tocando! Porque, amiguita, espero que no hayas olvidado que estamos aquí para eso, y que Zarina cuenta con ello.

Olga apretó los labios, se colocó de nuevo en su sitio, y procedió a tocar la armónica con más entusiasmo, mientras parecía mortificada. De todos modos, nadie le hacía caso, porque aunque era preciosa había allá muchas otras chicas preciosas, y se las veía más… asequibles, acogedoras y simpáticas. Y hasta las damas del yate eran más simpáticas. Por ejemplo, allá había una que reía felicísima mientras Adam, inclinado sobre su escote, le hacía al parecer divertidas confidencias… La dama reía, pero de pronto puso una enjoyada mano en un brazo de Adam, y dijo algo quedamente, a lo que Adam replicó depositando un candente beso en un hombro femenino… Tampoco a ellos les hacía caso nadie.

Allá cada cual se ocupaba de sus asuntos, cosa por demás simple y sencilla.

Había gente que desde el muelle contemplaba la juerga en el yate. Y desde el *Bijoux* parecía que todos sus ocupantes se dedicaban a lo mismo, apoyados en la borda, curioseando sin disimulo alguno.

¿Y la Zarina?

Olga Stenova pensó que la Zarina, simplemente, estaba cumpliendo su parte. Tenía la certeza de que nadie podría detenerla.

«—Muy bien —pensó—: tú mata a esa gente, y luego hablaremos las dos… en serio. Me gustaría saber en qué parte de tu trabajo estás ahora…».

* * *

A muy poca distancia de allí, la Zarina, completamente desnuda, estaba nadando en dirección al yate *Bijoux*, remolcando un pequeño paquete impermeable. Llegó muy pronto junto al yate, por el lado opuesto al que ocupaban las personas que miraban hacia la fiesta que había en el otro yate, y, simplemente y sencillamente trepó por

la cadena del ancla de popa, se colgó con ambas manos de la borda, y con felino impulso pasó a bordo, deslizándose inmediatamente hacia el lado desde el cual no pudiera ser divisada por los ocupantes del yate.

Una vez aquí abrió el paquete, del cual sacó una toalla con la que se secó rápidamente. Acto seguido se puso un simple maillot de color negro, y se colocó unas zapatillas de goma. Se recogió el cabello con una cinta de terciopelo, se colgó el macuto de un hombro, y en un abrir y cerrar de ojos estaba ante una de las puertas de acceso al interior del yate. La música y las risas llegaban hasta ella con toda nitidez.

Con una sonrisita maliciosa la Zarina se coló al interior del yate. Nada más cerrar la puerta de cristal todos los sonidos del exterior parecieron entrar en agonía. Solamente algunas notas agudas conseguían traspasar el sistema de insonorización del *Bijoux*.

Parecía un mundo de silencio…, en el que muy pronto, deslizándose por el pasillo, comenzó Rachel Irish a oír voces. Voces tranquilas, reposadas, cultas y sosegadas. Allí no había ninguna fiesta. Allí, simplemente, se conversaba.

Realmente como si fuese una sombra la superespía soviética se deslizó por el pasillo tras sacar del interior del macuto la pequeña pistola. Pero no parecía que fuese a tener tropiezo alguno, pues los ocupantes del yate estaban distribuidos, sin duda, de tres modos únicos en esta ocasión: a) en la cubierta curioseando la fiesta en el otro yate; b) en la cocina preparando las cosas para el día siguiente o arreglando el servicio utilizado aquella noche; y c) en el salón en el que se oían las voces, y al cual, precisamente, llegaba en aquel momento la rubia espía.

Sencillamente entró en el salón, silenciosa como una sombra. Había dos chicas y cuatro hombres en el salón, éstos conversando, aquéllas escuchando y fumando mientras bebían champán.

Una de las chicas vio a la Zarina, y quedó atónita. Aaron Singleton la vio acto seguido, y el pasmo lo dejó mudo y petrificado. Los demás la vieron también, sometidos a un pasmo absoluto. Era como si todos y cada uno de los personajes se estuvieran preguntando si aquello era una realidad o se trataba de un sueño convertido en espléndida mujer, todavía húmeda y vestida con un maillot negro, que les estaba apuntando con una pistola,

quieta, silenciosa y estremecedoramente terrible en la puerta del salón.

De pronto, una de las chicas reaccionó, metiendo la mano izquierda bajo su falda y sacando velozmente una pistola tan diminuta como la que empuñaba la Zarina.

Plof, disparó ésta, sin inmutarse.

La bala se clavó en la frente de la bella muchacha, y se alojó en su cerebro de asesina, matándola en el acto, dejándola sentada y casi sin cambio de expresión en su lindo rostro. Apenas una leve crispación. La copa que sostenía en la mano derecha cayó al piso, con blando sonido de rotura sobre la lujosa moqueta.

—Tú —dijo Zarina, clavando su mirada como hoja de acero en los ojos de la otra muchacha—, saca tu arma con dos dedos y todo el cuidado propio del caso y deslízala por el suelo hacia mí.

Hablaba un francés parisino de la más alta escuela, perfecto, impecable, culto y preciso. Un francés incluso mejor que el de Jacques Mercier, que fue el primero en reaccionar.

—¿Quién es usted? —jadeó—. ¿Qué pretende?

La rubia lo miró, y Mercier se atragantó, porque vio en los verdes ojos la sentencia de muerte. Pero no, no podía ser… Eran imaginaciones suyas, aquella muchacha no podía llegar allí y ponerse a matar gente como si tal cosa…

Plof, disparó de nuevo la Zarina.

Con una precisión escalofriante la bala acertó a Mercier del mismo modo que a la muchacha asesina-guardaespaldas recién muerta, matándolo en el acto y dejándolo sentado con aquella inicial mueca de incredulidad y miedo en sus atractivas facciones. Los desorbitados ojos parecieron dos bombillitas que comenzaran a apagarse, apagarse, apagarse…

Los demás permanecían ahora quietos como estatuas y absolutamente aterrados, fijos sus ojos en la hermosa visitante desconocida, que miró de nuevo a la chica que quedaba viva.

—¿No me has oído? —deslizó.

La muchacha comenzó a tartamudear algo, mientras se apresuraba a desprenderse de su arma sin provocar en absoluto a la visitante, que se apoderó de la pequeña pistola y la metió en el escote del maillot, entre sus formidables pechos altos, turgentes, hermosísimos. Tenía un cuerpo increíble, dorado de sol, elástico,

bien musculado pero estrictamente femenino; era un caso pasmoso de belleza femenina, una diosa insólita… capaz de matar como quien enciende un cigarrillo.

—Siéntense todos en el diván, codo con codo —ordenó, siendo obedecida rápidamente; entonces señaló al africano—… ¿Quién es ése?

—Raymond Foods, un… un industrial de África del Sur —explicó Guy Rowlands—. Nosotros somos…

—A ustedes dos ya les conozco, del mismo modo que conocía a Jacques Mercier perfectamente. ¿El señor Foods es socio de ustedes en el negocio que están preparando?

—Pu-pues sí, él… él es nuestro socio, sí…

—¿Hay alguno más en este barco como el señor Foods?

—Bueno, hay otro, sí, él está… arriba ahora, viendo… la fiesta del otro yate… Su nombre es…

—No me digan su nombre, sólo díganme cómo es él.

—Pues… mide algo más de metro ochenta, es… es muy delgado, de facciones muy acusadas, cabellos grises, ojos oscuros…

—Suficiente. ¿Alguien más?

—No… No, no.

—¿No hay en este barco nadie más relacionado con el negocio que están preparando?

—No, nadie más.

—¿Y fuera de este barco? —La Zarina ladeó la cabeza y entornó los párpados—. ¿Hay alguien más que vaya a entrar en su negocio?

—Pe-pero… ¿quién es usted, qué… qué quiere…?

—Señor Rowlands, soy una persona que, por medio de determinados recursos, he conseguido información respecto a usted y el señor Singleton. Como consecuencia, poco después tenía noticias de la existencia del señor Mercier y de su asociación con ustedes. Desde hace un tiempo algunas personas amigas mías se han dedicado a vigilarlos a ustedes, hasta obtener la información suficiente para llegar a la conclusión de que son unos perfectos y auténticos canallas.

—Usted… no sabe lo que está diciendo…

—¿No? Se lo voy a explicar en pocas palabras…, y ustedes disculpen si me equivoco, pero es que tengo que hacer caso a lo que me dicen mis investigadores, ¿comprenden?

—¿Investigadores? ¿Qué investigadores?

—Ya les he dicho que son amigos míos, que cuando se enteran de alguna cochinada vienen a contármela. Por ejemplo, la de ustedes, hace ya bastantes semanas que me fue informada con detalle. A ver si me equivoco: ustedes dos, junto con Jacques Mercier, y según parece con ayuda de otros dos señores, están organizando un centro de preparación técnica de mercenarios de alto nivel cuyo cometido básico consistirá en ir provocando guerras donde a ustedes les convenga, con el fin de colocar diverso material de consumo e industrial en grandes cantidades, contando con la colaboración de personas que, en cada país, pretenderá darle un giro a la situación política, a fin de conseguir puestos en la cumbre del poder de dicho país; y claro está, siempre se tratará de países o no demasiado grandes o no demasiado desarrollados, donde la masa pueda ser manejada con facilidad. Preferentemente, esos países serían elegidos en África, y luego en Asia y Suramérica. Y así, ustedes se irían enriqueciendo prodigiosamente mientras cientos de miles de personas iban muriendo víctimas de los manejos de los mercenarios que habrían aprendido en su… «escuela» cómo alterar el orden, provocar una revuelta, organizar una guerra… Y esa Escuela de Mercenarios iba a ser construida precisamente por aquí, por el sur de Francia, idílico lugar donde simples bestias asesinas (pues no de otro modo pueden ser llamados esa clase de mercenarios) irían aprendiendo su «trabajo». No me sorprendería nada que incluso tuvieran comprados ya los terrenos y preparados los planos para la construcción del edificio central de la Escuela y sus anexos. Bien: ¿me he equivocado en algo, señores?

El silencio en el salón del yate era total.

Todos estaban lívidos. Amortiguada, muy lejana, llegaba la música del otro yate. En los labios de la Zarina había una sonrisa sencillamente escalofriante.

Por fin, Singleton reaccionó, tras pasarse la lengua por los labios lentamente.

—Escuche… No sabemos quién es usted ni para quién trabaja, pero estoy seguro de que… Bueno…

—¿De que podríamos llegar a un acuerdo? —sonrió la Zarina.

—Tengo la seguridad de que aceptaría un trato si supiera qué cantidad de dinero podemos poner en sus manos.

—¿Sí? ¿Qué cantidad?

—Podríamos darle diez millones de dólares.

La Zarina soltó una carcajada. Singleton palideció aún más. Guy Rowlands murmuró:

—¿Para quién trabaja usted? Si supiéramos al menos eso…

—No les serviría de nada. Y se sorprenderían muchísimo si supieran para quién trabajo…, aunque ni siquiera merecen enterarse de eso. Simplemente, van a morir. Pero como no quiero ensuciarme las manos los va a matar su amiguita. ¿Cómo te llamas? —Miró la Zarina a la muchacha.

—Sigrid.

—Muy bien, Sigrid, te voy a hacer una oferta: te devuelvo tu pistola, matas a estos tres hombres, que a fin de cuentas ése es tu trabajo, matar, y acto seguido yo te perdono la vida a ti. Si no aceptas, seré yo quien los tenga que matar…, y no tendré más remedio que incluirte en el lote… ¿Qué contestas?

—Que acepto.

—¡Sigrid! —jadeó Rowlands.

—Déjese de monsergas —le miró la muchacha—. Usted haría lo mismo, señor Rowlands.

Diciendo esto le guiñó a Rowlands el ojo derecho, que quedaba fuera del alcance visual de la Zarina en aquel momento. Rowlands quedó como sin respiración, comprendiendo enseguida la intención de Sigrid: en cuanto tuviera en la mano la pistola que le iba a devolver la intrusa dispararía contra ésta no contra ellos…

Procurando ocultar su alegría, Rowlands permaneció inmóvil observando toda la maniobra, igual que los demás. La desconocida devolvió a Sigrid su pistola, quedando detrás de ésta. Sigrid empuñó el arma, y apuntó a Rowlands al corazón. Rowlands miró hacia la Zarina, esperando el momento en que Sigrid se volvería contra ella velozmente disparándole…

Plop, oyó el apagado chasquido del disparo.

Apenas tuvo tiempo de notar el golpe en el pecho, pues la bala fue directamente hundirse en su corazón. Junto a él, Singleton, que también había creído que Sigrid se iba a revolver contra la intrusa, lanzó una exclamación de rabia y quiso ponerse en pie. Sigrid disparó de nuevo, y la bala se hundió en la frente de Singleton, sentándolo cuando apenas había despegado las nalgas del asiento

del diván.

El africano estaba lívido, rígido, parecía de madera, o quizá de hielo. Sí, era como si todo él estuviese congelado contemplando entre incrédulo y furioso a la asesina profesional.

Plop, disparó de nuevo Sigrid.

El espectáculo final era realmente estremecedor, trágico y grotesco. Sigrid bajó la mano armada, siempre teniendo tras ella a la Zarina.

—Yo he cumplido —murmuró—... ¿Puedo marcharme?

—Desde luego que no. Lo que tienes que hacer es dejar caer la pistola y luego ir encerrarte en uno de los camarotes, para que yo pueda escapar tranquilamente.

La asesina dejó caer la pistola. En aquel momento en el ventanal apareció como un divertido incendio multicolor que bañó de luces el interior del salón. Los estampidos de algunos cohetes llegaron, siempre amortiguados, al salón del yate. Sigrid comenzó a girar. Un hombre irrumpió inesperadamente en el salón, mostrando una expresión divertida.

—¡Hey, venid, están lanzando fuegos artif...!

Plof, disparó la Zarina su pistolita, pues la descripción que le habían hecho del otro africano había sido perfecta, y supo en el acto que era el último hombre a morir. El sujeto recibió la bala justo en el corazón, abrió la boca, cayó sentado cómicamente, y enseguida de espaldas, quedando con los desorbitados ojos fijos en el techo..., y llenos de las luces multicolores de la nueva tanda de cohetes lanzados hacia el cielo desde el otro yate.

Sigrid cometió un error tremendo, pero disculpable: la muchacha estaba convencida de que aquella implacable desconocida no la iba a perdonar a ella de ninguna manera, que también la iba a matar, así que quiso aprovechar la ocasión para su intento de conservar la vida, y se abalanzó hacia donde un instante antes había dejado caer la pistola. La empuñó, se volvió rápidamente, localizó a la Zarina..., y gritó histéricamente al que ver que la espía ya le estaba apuntando con su arma.

—Estúpida —dijo fríamente la Zarina.

Y disparó.

Un instante más tarde salía a cubierta. Todos los ocupantes del *Bijoux* (se entiende, los ocupantes vivos) estaban junto a la borda,

contemplando los fuegos artificiales que eran la gran diversión del momento en el otro yate. Realmente era un espectáculo tan fascinante que incluso la Zarina estuvo a punto de quedarse allí parada contemplándolo. Pero rápidamente se deslizó hacia popa, se descolgó hasta el agua, y se alejó del *Bijoux* nadando en silencio. Cuando estuvo lo suficientemente lejos se volvió a mirar, sonrió, y continuó nadando hasta su lancha, una vez a bordo de la cual procedió a alejarse hacia el centro del puerto.

Desde allí, la Zarina lanzó hacia el cielo una bengala. Una sola, pero diferente a los fuegos artificiales que llenaban el cielo; una sola bengala que pareció formar un gran paraguas rojo sobre el resto de las luces de divertido artificio.

* * *

En el yate de la fiesta, Adam Timmerman, que comenzaba a aburrirse de su papel de barbudo juerguista enloquecido, se quedó mirando hacia el cielo, diferenciando sin problema alguno la luz de la bengala, que desmenuzada ahora descendía lentamente, del resto de las luces.

Enseguida buscó con la mirada a Olga Stenova, y la vio también contemplando las luces. Se acercó a ella y la tocó en un brazo. Olga le miró, él movió la cabeza hacia el muelle, ella asintió.

En un instante, sin que nadie pareciese reparar en ello, el barbudo y greñudo promotor de la fiesta, y la preciosa muchacha de la ropa estrafalaria y cuerpo espléndido abandonaron aquel yate…, mirando hacia el *Bijoux*, donde, acodados en la borda, los mismos personajes seguían disfrutando de la vecina fiesta…, bien ajenos a la tragedia que se había desarrollado en su propio yate.

Porque ni Olga Stenova ni Adam Timmerman tenían la menor duda de que, puesto que la bengala convenida había subido al cielo, de un modo u otro la Zarina había cumplido su misión, matando las piezas que le habían asignado.

Capítulo VIII

Cuando la Zarina llegó al pequeño chalé ellos ya estaban allí esperándola hacía no menos de veinte minutos, Olga sentada en un sillón, fumando, y Adam, de pie, con un vaso de *whisky* en la mano y apoyado con un hombro en el artesonado de la pequeña chimenea, por supuesto apagada. Oyeron el ruido de la puerta, las pisadas, y enseguida la Zarina apareció en el saloncito. Los miró y sonrió.

—¿Os habéis divertido? —inquirió.

—¿Los has matado? —exclamó Olga.

—Claro.

—Bien —dijo Adam—, en ese caso quizás haya llegado el momento de…

—Tú cállate —dijo Olga Stenova, sacando rápidamente su pistola y disparando contra él.

Adam Timmerman, que había dado un paso hacia ambas mujeres, recibió la bala en el pecho, respingó, se detuvo, el vaso escapó de su mano para desmenuzarse en el suelo… Su atónita mirada estaba ahora fija en Olga, que estaba apuntando a la petrificada Zarina. El agente británico parpadeó, aspiró hondo… De pronto cerró los ojos y, simplemente, rodó por el suelo.

—Y tú quieta —dijo Olga Stenova, fija su gélida mirada en Zarina.

—Ya lo he entendido —dijo apaciblemente la superespía rusa.

—Deja ese maletín en el suelo y aléjate de él. Luego permanece de pie, de cara a mí, y con las manos sobre la cabeza. Al menor movimiento que hagas te mato.

—Eso estaría muy feo entre camaradas, ¿no te parece?

—No somos camaradas —replicó Olga—. Yo sí soy rusa, pero tú no. Tú eres una agente americana. Y después de lo que has estado haciendo sólo puedes ser UNA agente americana: la agente Baby.

—Eres muy lista, Olga —elogió la Zarina—. Y ya que estamos en este plan de buenas y sinceras amigas, dime la verdad: ¿eres tú la verdadera Zarina?

—En efecto —dijo orgullosamente Olga Stenova—: yo soy la Zarina de entre todas las espías, la Gran Emperatriz del Mundo del Espionaje… ¡Hace mucho tiempo que tenía ganas de enfrentarme contigo!

—Pues ya estás frente a mí —dijo Rachel Irish—. Pero si tantas ganas tenías de que nos enfrentásemos te habría bastado hacérmelo saber, y nos habríamos reunido donde hubieras querido. Porque has de saber, querida, que yo jamás te he tenido miedo a ti, y en cambio tú llevas mucho tiempo actuando en todas partes, pero sin haberte atrevido nunca a enfrentarte a mí.

—No eres más que una engreída agente americana —bufó Olga Stenova—. Puedo matarte en un segundo.

—Tal vez. Pero no lo harás, porque antes quieres saber… DEBES saber qué es lo que he tramado con todo esto. Y si me matas nunca lo sabrás, ni conocerás sus consecuencias.

—¿Qué consecuencias?

—Ésa es la cuestión —sonrió Rachel Irish—: tu escasa inteligencia jamás alcanzaría por sí sola a comprender cualquiera de los planes de Baby. ¿No te gustaría saber por qué aparecí en la Costa Azul ocupando tu lugar, diciendo ser la Zarina?

—Me gustaría saberlo, y tú vas a decírmelo…, o te arrancaré los ojos con mis propias manos.

—Oh, qué miedo —puso un gesto cómico la señorita Rachel Irish—… ¡Qué mala suerte la mía, haber ido a parar a las manos de la temible Zarina, la Gran Emperatriz del Mundo del Espionaje…!

—¿Te estás burlando de mí? —entornó los ojos Olga Stenova.

—Claro que sí, querida. Y además voy a sentarme y vas a permitir que fume, o no hay conversación ni explicaciones de ninguna clase. ¿Está esto bien claro?

La Zarina no contestó. Rachel Irish se acercó a la mesita donde Adam Timmerman había dejado sus cigarrillos, encendió uno, y se sentó en un sillón, frente a frente a la rusa Olga Stenova, que seguía mirándola con expresión maligna.

—¿Sabes? —dijo Rachel Irish—. Al principio no podía creer que tú fueses la Zarina…, y supongo que a Adam le ocurría lo mismo.

Hiciste muy bien tu papel de la tonta Olga Stenova; lo hiciste tan bien que pronto empecé a pensar que tal vez no eras la Zarina, sino realmente la tonta Olga. Pero no, tú no podías confiar en nadie una labor como ésta, tú no podías enviar a nadie en tu lugar para una cosa así. No podías confiar en que una de tus camaradas hiciera bien el trabajo. Tenías que ser tú la que se acercara a la mujer que se había instalado en Marsella con el nombre de la Zarina. Yo sabía que tenías que venir…, y viniste, Zarina.

—¿De qué estás hablando? ¿Quieres decir que ha sido todo una trampa tuya?

—Pero querida, naturalmente —abrió mucho los ojos Rachel Irish—… ¿Aún no lo has comprendido? Yo no he venido a la Costa Azul haciéndome pasar por ti por puro gusto, sino para atraerte.

—Por puro gusto, no: para matar a tres hombres. ¿Por qué querías matar a tres hombres haciendo creer que los había matado yo?

—Han sido cinco hombres, no tres. No entiendes nada. Mi objetivo no era usurpar tu lugar, culparte de la muerte de esos hombres, sino hacerte venir a mi terreno. No había manera de encontrarte, así que me dije que puesto que yo no sabía cómo llegar hasta ti, te iba a facilitar a ti el camino para que llegases hasta mí. ¿Quieres que empiece por el principio?

—Creo que será lo mejor. Y cuidado con lo que haces, o te mato.

—¿Quieres dejar de hacer la estúpida? —exigió fríamente la señorita Rachel Irish—. Detesto que me amenacen. O mátame o cállate. ¿De acuerdo?

—Eres una maldita orgullosa espía americana… ¡Pero ha quedado bien claro cuál de las dos es la mejor!

Rachel Irish suspiró como desistiendo de una buena obra. Estuvo unos segundos mirando el humo del cigarrillo, y de pronto empezó su relato, mirando a la Zarina.

—Verás, además de trabajar para la CIA cuando sus misiones no atentan contra mi condición y dignidad humanas, hace tiempo puse en marcha la Love Organization Unite, la L. O. U., organismo dedicado a combatir el mal mundial de alto nivel. Quiero decir que la L. O. U. no persigue rateros ni vendedores de drogas en las esquinas, ni nada de eso, sino, por ejemplo, gente como los personajes del yate *Bijoux*, que querían poner en marcha una

escuela de mercenarios de alto nivel capaces de organizar guerras allá donde les conviniera. Éstas son las piezas que busca y elimina la L. O. U. Pues bien, hace unos pocos meses mis agentes me informaron de lo que estaban tramando los del yate *Bijoux*, y desde entonces nos hemos estado dedicando a ellos, vigilándolos estrechamente, enterándonos de todos sus proyectos… Total, que hace unos pocos días me dije que había llegado el momento de eliminar a esos bichos, y, mira, me vino de gusto hacerlo personalmente, así que me dispuse a venir a la Costa Azul para ejecutarlos yo misma. Y a punto estaba de emprender el viaje cuando me visitó mi jefe de la CIA, y me dijo… Bueno, me visitaron mis dos amados jefes, no uno solo. Estaban preocupadísimos por tu culpa. Por todo ese asunto de tus alumnos que has instalado junto a los hombres y mujeres de Ciencia norteamericanos…

—¡¿Os habéis enterado de eso?! —exclamó Olga Stenova.

—Alguien en Moscú consiguió la información y la pasó a la CIA. Y me permito suponer que también el servicio secreto británico se ha enterado…, motivo por el cual en cuanto se corrió la voz de que la Zarina estaba en Marsella enviaron al que supongo su mejor hombre en la actualidad, Adam Timmerman, para que estudiase el asunto y viese el modo que cazar a la Zarina, o, cuando menos, conseguir la información del asunto, es decir, los nombres de todos tus discípulos residentes en el Reino Unido…, del mismo modo que a mí, claro está, me interesan los nombres de tus discípulos residentes en Estados Unidos.

—Jamás los sabréis —sonrió burlonamente la Zarina—. Y ello porque aunque me vencieses, antes moriría que decirte esos nombres.

—Luego hablaremos de eso —sonrió desconcertantemente Rachel Irish—, ahora déjame terminar mi explicación. Como te decía, yo estaba dispuesta a venir a la Costa Azul para eliminar a la gente del *Bijoux* cuando aparecieron mis jefes con el problema que les habías creado con tus alumnos que están espiando a nuestro científicos. Claro está, todos coincidían en que lo conveniente era capturarte a ti para que nos dijeses cuáles de nuestros científicos están vigilados y por quién, pero encontrar a la Zarina era imposible para cualquiera, nadie sabía dónde podías estar en un momento determinado…

Y fue entonces cuando yo decidí que la Zarina estaría por estas fechas en la Costa Azul. ¿Cómo? Pues, querida, tendiéndole una trampa que no podía desestimar: oír que ella estaba en Marsella, cuando en realidad estaba en Moscú. Naturalmente, si oíste que la Zarina estaba en Marsella era que alguna agente de otro servicio estaba suplantándote, y eso te fastidió, hirió tu orgullo, irritó tu vanidad. ¡Cómo era posible que alguien se atreviera a utilizar tu nombre! Y sobre todo: ¿por qué lo hacía, qué estaba tramando…?

Y por fin, tal como yo había previsto, acudiste a la cita.

—¿Tú lo habías previsto?

—Pero naturalmente, colega, naturalmente… ¿Quién te crees que hizo correr la voz por Europa de que la Zarina estaba en Marsella con el nombre de Rachel Irish y en el Hotel Armagnac? Pues fui yo, tontita, fui yo; es decir, mis amigos de la L. O. U. y algunos de mis Simones de la CIA. Salvo que fueses una cobarde y una espía sin imaginación tenías que acudir a ver quién y por qué estaba en Marsella haciéndose pasar por ti. Y ahora ya lo sabes: soy yo, la agente Baby de la CIA, que de esta manera he llevado a buen término dos trabajos. Uno, eliminar a los del yate *Bijoux*. Y dos, aprovechando el viaje, conseguir solucionar todo ese asunto de los alumnos de la Zarina en los Estados Unidos.

—¿Cómo vas a desmontar ese asunto, esa gran obra mía, si no sabes los nombres de mis alumnos ni nunca te los diré aunque me hagas pedazos? Aunque ni siquiera es ése el caso, ya que por poco lista que seas te habrás dado cuenta —la Zarina movió la pistola que empuñaba— de que quien está controlando aquí la situación soy yo, no tú.

—Aparentemente, así es —asintió Rachel Irish—. Pero ni tú ni yo somos personas que nos metamos estúpidamente en una trampa, ¿verdad? Así que te diré cómo están las cosas. En primer lugar, y en contra de lo que crees, no eres tú quien está controlando la situación, sino yo. Y en segundo lugar no necesito tu colaboración en absoluto para desmontar todo el tinglado de agentes que has instalado en Estados Unidos. Me basta hacerte salir en la televisión anunciando que la CIA ha capturado a la Zarina y que la está sometiendo a un… desagradable interrogatorio en una de las… oficinas de la Central de Langley. ¿Qué crees que harán tus discípulos en cuanto sepan que la CIA te ha capturado y que te

están sometiendo a interrogatorio… adecuado? Pues, querida, saldrán todos disparados de los Estados Unidos, pues aunque sean menos expertos que nosotros saben perfectamente que nadie puede resistir un interrogatorio bien llevado, y que terminarías por delatarlos a todos. De modo que no sólo voy a conseguir que todos tus guapos discípulos abandonen su presa a la que están espiando y regresen a toda prisa a Rusia, sino que ellos mismos, al querer escapar, se van a delatar, y a medida que pretendan ir abandonando los Estados Unidos irán cayendo en manos de la CIA. ¿Qué te parece mi plan?

Olga Stenova, que estaba lívida, tuvo que serenarse antes de decir, con voz rezumante de rencor:

—Sería un plan perfecto… si no fuese porque no eres tú quien me tiene a mí, sino yo a ti, y dudo mucho que puedas hacerme salir en televisión.

—Ah, eso es ya inevitable, porque tomé fotografías tuyas y las envié a mis Simones, de modo que eso está garantizado…, aunque ya sé que no es tu verdadero rostro el que estoy viendo. Pero como tu verdadero rostro no lo conoce nadie, tus discípulos admitirán que es el que estarán viendo en la televisión: la espía rusa llamada Zarina ha sido detenida por la CIA, la cual la está sometiendo a interrogatorio… Todo eso de que ya hemos hablado.

—Tú tampoco estás mostrando tu verdadero rostro —dijo la Zarina.

—Claro que no. Empezando porque soy rubia y mis ojos son azules imagínate si puedo llevar más triquiñuelas que deformen mi verdadera imagen.

—Lo mismo que yo —sonrió la Zarina—. Somos iguales.

—No seas absurda —dijo altivamente Rachel Irish—. Tú y yo no somos iguales en nada, salvo en el sexo, y eso porque es inevitable en dos mujeres físicamente normales. Por lo demás, tú has estado dando resultado como espía para la KGB porque hasta ahora sólo te has enfrentado a cuatro desgraciados ingenuos, pero querer compararte a mí, a la agente Baby, es una pretensión necia.

—Tal vez —sonrió perversamente Olga Stenova—, pero soy yo quien tiene la pistola.

—No va a servirte de nada, porque Adam Timmerman, en contra de lo que crees, no está muerto. Por indicación mía se puso un

chaleco antibalas para esta ocasión, y ahora te está apuntando con su pistola…

Mientras decía esto Rachel Irish saltó de pronto, ágilmente, hacia la espía Olga Stenova, que había desviado la alarmada mirada un instante hacia el caído agente británico.

Comprendió la trampa enseguida, pero ya Rachel Irish estaba cayendo sobre ella con una fuerza y una decisión que pusieron de punta los cabellos de la agente soviética. Ésta pudo disparar, pero el golpe dado con la mano izquierda por Rachel desvió el arma a tiempo, y la bala fue a clavarse en una pared.

Al mismo tiempo, la mano derecha de Rachel Irish caía de canto, en seco y tremendo golpe, sobre la cabeza de la Zarina. Ésta gritó y dio un fuerte salto en el sillón, para quedar acto seguido derrumbada en él como un guiñapo, con el cuello torcido, el rostro crispado, los ojos entrecerrados en un guiño de rabia y sobresalto.

Rachel Irish se desentendió inmediatamente de la espía soviética, corriendo hacia Adam Timmerman, junto al cual se arrodilló, para darle la vuelta y examinarlo. Suspiró fuertemente al comprobar que todavía estaba vivo.

Segundos más tarde, Rachel Irish recurría a una pequeña radio de bolsillo para hacer la llamada:

—Hola. Soy yo. Necesito un médico AHORA MISMO.

Este es el final

—Y naturalmente, le salvaste la vida al británico —dijo Minello, muy abiertos los ojos.

—Por fortuna se pudo conseguir, Frankie —asintió Brigitte, sentada en el centro del gran sofá del salón de su apartamento—. Todo terminó bien para Adam, que además pudo finalizar con éxito su misión, ya que le facilitamos una copia de las fotos de la Zarina, y por tanto los discípulos de ésta que estaban operando en el Reino Unido también salieron disparados de allí, como hicieron los de Estados Unidos.

—Ha sido un trabajo magnífico —dijo *Mr.* Cavanagh—… Usted tuvo razón cuando me dijo que la Zarina estaría en la Costa Azul.

—Lo que no se le ocurra a Brigitte no se le ocurre a nadie —dijo Pitzer—. Cuando pienso que los rusos podrían tener una agente como ella me entran escalofríos.

—Nunca habrá otra Brigitte en parte alguna del mundo —aseguró Cavanagh—. Ella tiene un toque divino, simplemente.

—¿Y la Zarina? —preguntó de pronto Minello, que había quedado pensativo—. ¿Qué va a ser de ella?

—Está muerta, Frankie —lo miró Brigitte.

—¿Cómo que está muerta? Pero… eso no es cierto… Acabas de decir que todos sus discípulos, al enterarse de que la CIA la tiene prisionera se han apresurado a escapar, en varios países, especialmente en el Reino Unido y en Estados Unidos…

—Y hemos televisado las muchas fotografías que yo le tomé —asintió Brigitte—, pero ella está muerta.

—¿Quieres decir que la mataste con aquel golpe?

—No.

—Entonces… ¿la mataste después?

—Ella se suicidó, Frankie. Cuando recobró el conocimiento y se vio en manos de la CIA, y me vio a mí, triunfante ante ella, recurrió

al veneno que llevaba oculto en un sofisticado truco en una uña. Murió en menos de cinco segundos.

—¡Zambomba! Pero… ¿cómo es posible que eso se haga todavía en estos tiempos? ¡Es una idiotez!

—Sí. Pero la soberbia nos juega a veces malas pasadas. La Zarina estaba convencida de que, en efecto, era la Gran Emperatriz del Espionaje…, y cuando vio que la Gran Emperatriz, la Zarina de todas las espías del mundo, no era precisamente ella, no pudo soportarlo.

FIN